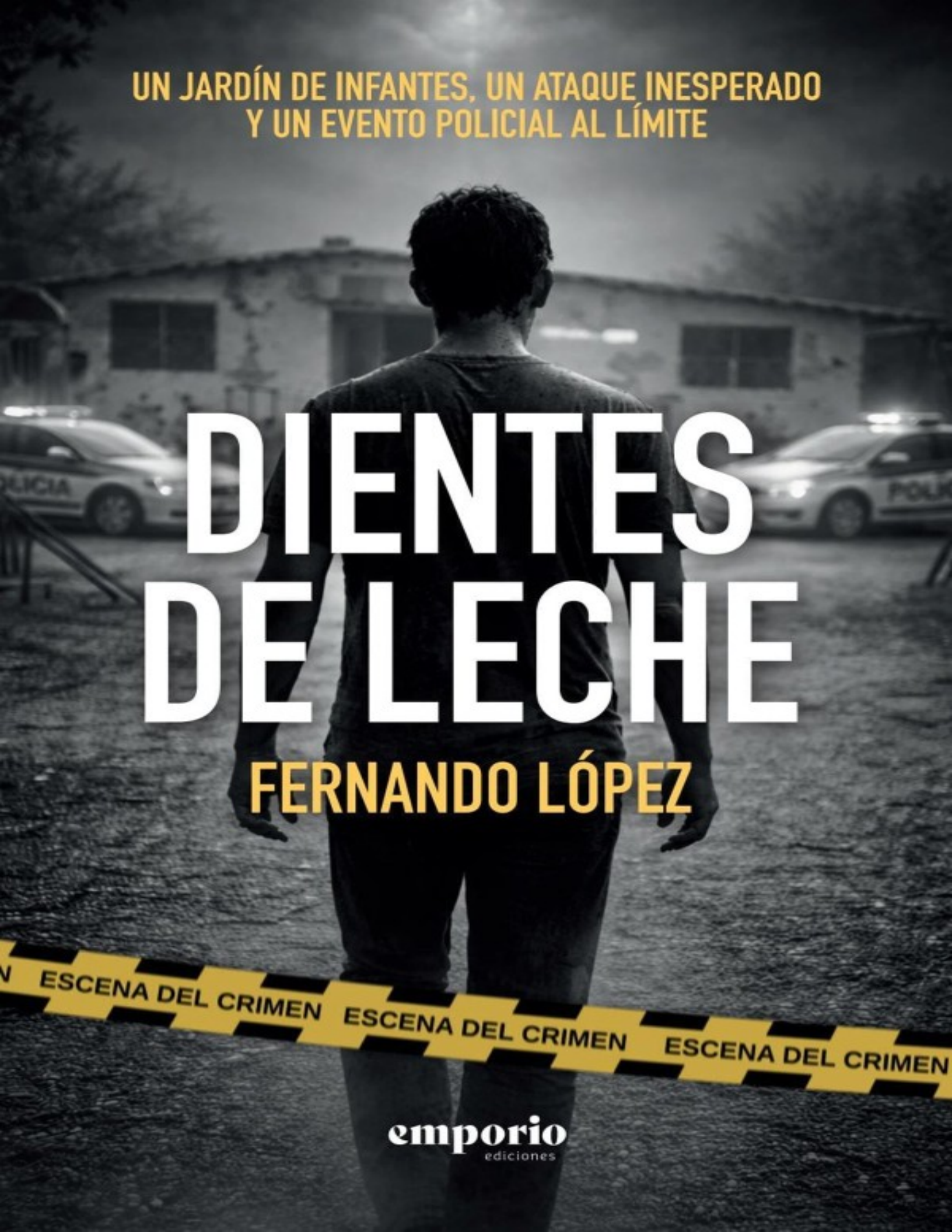
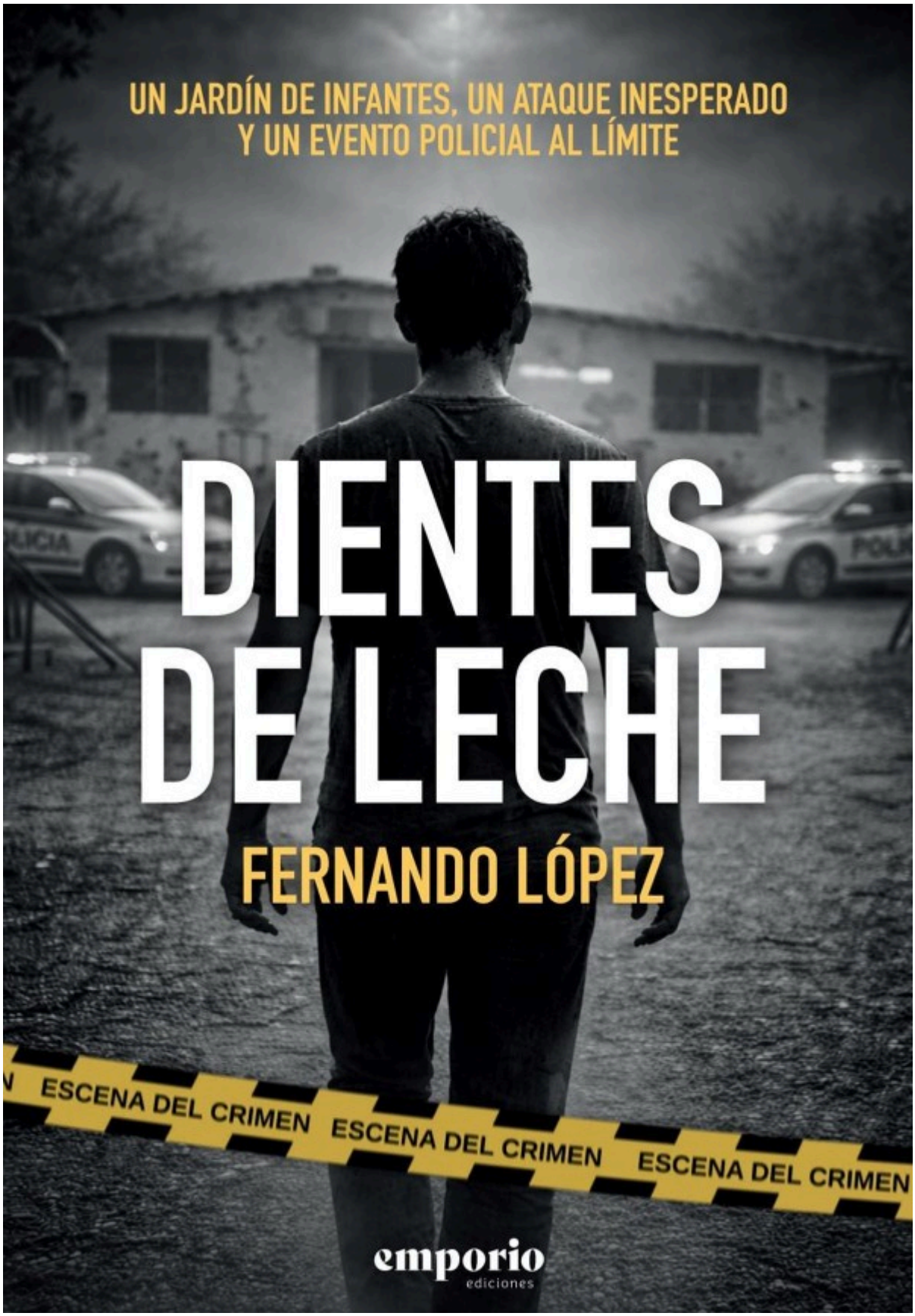

UN JARDÍN DE INFANTES, UN ATAQUE INESPERADO
Y UN EVENTO POLICIAL AL LÍMITE
DIENTES DE LECHE
FERNANDO LÓPEZ
ESCENA DEL CRIMEN
ESCENA DEL CRIMEN
ESCENA DEL CRIMEN
emporio
ediciones

Índice de contenido

Dientes de leche
Legales
Preliminares
Un terrorista en el jardín de infantes
Concausas, puntos de contacto
Palabras cruzadas
Final
Agradecimientos


UN JARDÍN DE INFANTES, UN ATAQUE INESPERADO
Y UN EVENTO POLICIAL AL LÍMITE
DIENTES DE LECHE
FERNANDO LÓPEZ
ESCENA DEL CRIMEN ESCENA DEL CRIMEN ESCENA DEL CRIMEN
emporio
ediciones



Fernando López

DIENTES DE LECHE

emporio
ediciones

López, Fernando

Dientes de leche / Fernando López. - 1ª ed. - Córdoba: El Emporio Ediciones, 2026.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-789-428-8

1. Novelas Policiales. I. Título.

CDD A860

© Fernando López, 2026

Edición en formato digital: abril de 2026

© El Emporio Libros S.A., 2026

9 de Julio 182 - 5000 - Córdoba

Tel.: (351) 4253468 / 4245591

E-mail: editorial@emporiolibros.com.ar

Sitio web: https://www.elemporiolibros.com.ar

Instagram: @elemporioedicionescba

Facebook: El Emporio Ediciones

Hecho el depósito que marca la Ley 11723

ISBN 978-987-789-428-8

Conversión a formato digital: Danila Belintende

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso previo por escrito del editor.

Porque nunca supe que era niño, tampoco
aspiraba a algo distinto.

Juan Filloy

UN TERRORISTA EN EL JARDÍN DE INFANTES

Uno

Últimos días de mayo 2025

No fue fácil decidir cuándo y a quiénes iba a entrevistar. Convoqué primero a Ventura, en lugar de Adelmo para respetar su duelo. El comisario aceptó enseguida y el diálogo fue franco y espontáneo. Nos encontramos en un viejo bar del barrio, bodegón y pulpería, donde la historia se detuvo ante el desierto para ver nacer una ciudad. En ese lugar, donde dicen las leyendas que ocurrieron cientos de encuentros y enfrentamientos, a pocas cuadras de donde estaba el jardín de infantes, el sol de otoño desaparece más tarde que en el centro de la ciudad. Es otro sol, es otro mundo, otro cielo. Hay un espacio en la vereda con baldosas rotas recuperadas como desechos, lugar que alberga con creces la llegada de parroquianos que vienen a caballo o en motos desde las quintas cercanas, como en el siglo pasado y en el XIX. Si el clima lo permite, las mesas se instalan bajo las sombras ralas de los eucaliptus que rodean el sitio, que, se dice, supo ser un lupanar, donde los gauchos llegaban a desfogarse a costa de pagar con dinero o con la vida si no alcanzaban las monedas. Ahora solo vienen a beber.

Al principio, no me pareció adecuado ni acogedor este bodegón, pero a medida que la historia crecía terminé por aceptar que la elección de Ventura había sido acertada. Me entusiasmó la

sugerencia de entrar en clima, respirar el aliento de ese pasado que solo queda en las palabras de narradores orales. Desde el centro de la ciudad, donde el horizonte se oculta detrás de montañas falsas de cemento y cristal, es imposible adivinar otras realidades. Felizmente, se han recuperado los aromas del campo y sus desechos. No más *gamexane* ni glifosato, solo bosta de caballos y de vacas, criaderos de cerdos y gallineros.

Edilberto Ventura era un hombre joven, de unos cincuenta años, con una mueca que lo volvía taciturno. Todavía llevaba muñequera en la mano derecha. Cuando apagamos la cámara cuatro horas después, a pesar de haber presenciado él y yo los mismos acontecimientos, su perspectiva y su relato fueron más completos. Antes de comenzar abrió un paquete de cigarrillos. No encendió ninguno, pero sorbió un trago de una petaca celosamente escondida en un bolsillo de su cazadora. Imaginé que era una bebida fuerte, pero no le pregunté para no distraerlo de aquel suceso relacionado con su actividad de varios meses atrás. Por entonces era el jefe del CRE (Comando Radioeléctrico).

—Excomisario, ahora.

Se detuvo y aproveché para insertar unas palabras: *Esta es la primera versión de lo sucedido en el mes de noviembre de 2024 en el jardín de infantes "Dientes de leche". Un lugar en donde, de día, se escuchaban canciones y voces de niños, pero de noche, un silencio espectral. Una tapera convertida en escuela a pesar de su pobreza, del abandono de las autoridades y del desprecio de toda la sociedad. Estaba asentada al borde de un barranco de tierra*

arcillosa, sobre un hueco que no se sabía si era un sótano, un túnel del tiempo que los indios utilizaban para esconderse o un pozo negro, donde iban a parar los detritus producidos en la superficie que caían a través de una letrina. Piso de tierra apisonada, paredes resquebrajadas de barro mezclado con paja que desde el cielo se veía como una mancha, una isla que flotaba en un verde mar de soja.

Quizá por eso no figuraba en ningún mapa, igual que el bodegón con mostrador protegido con barrotes donde me había citado mi primer entrevistado. Dicen que hasta pista de baile tenía, versión que alienta a pensar que el lupanar, con la vida alegre de las mujeres, la "santa trinidad" de la artemisia con flores de hinojo y anís y las guitarras, había estado siempre en la pulpería donde decidimos encontrarnos.

—Bien. Vamos a noviembre, a aquella jornada impredecible. ¿Qué fue lo que más lo conmovió?

—Pues… Esa mujer que lloraba y gritaba entre varios uniformados, que no lograron evitar que se derrumbara en un charco de agua marrón. Lloraba pariendo el llanto desde las entrañas, abrazada a sí misma, como si sus miembros superiores fueran de otra persona. Lloraba por ella, por su hijita enferma a quien ya no volvería a ver y quizá, también, por ese abuelo que arriesgó la vida para salvar la de su nieta. Fíjese, Galópolo, yo nunca había tenido alucinaciones. Ahora que me sobra tiempo, que descanso bien y nada me preocupa, se me dio por pensar que la vida nos engaña.

—No sé si le entiendo.

—Antes, nunca soñaba. Ahora sí, sueño. Y alucino. ¿Le cuento mis alucinaciones?

—Adelante.

—Aparecen niños encolumnados detrás de un carro tirado por un caballo flaco llamado Poncho, que traslada pequeñas urnas de madera pintadas de blanco. Esos niños son los que todavía están vivos. Todos con sombreritos, boinas, sombrillas y paraguas bajo la lluvia. Los atrae la voz de esa mujer llamada Guaci que entona una hermosa canción en guaraní. Cada niño tiene en sus manos una cuchara sopera que sostiene su "huevito de la responsabilidad". Cada huevo, una carita pintada con fibra, mostachos, rubor rojo y cejas desmesuradas sobre los ojos abiertos. Cuando todo terminó, nos enteramos de que Guaci los alentaba a pintar con yemas de huevo. Les cantaba. Una mujer impactante, bien plantada, segura de sus decisiones. El psiquiatra me dijo que las alucinaciones son sueños que se producen cuando estamos despertando, por eso parecen tan reales.

—Eso no fue una alucinación, Ventura. Fue real, pasó hace unos días. ¡Yo estuve ahí! A mí también me impactó esa despedida, todos en silencio y Guaci cantando esa especie de responso o canción triste en su lengua misteriosa.

—Me preocupa. Temo que esas imágenes queden para siempre.

—¿Le parece que empecemos, Ventura?

—Dígame por dónde.

—Usted comience y vamos viendo, ¿sí? Se graba. Mi nombre es Armando Galópolo, periodista del canal local. Cuando le pregunte, por favor, acérquese al micrófono antes de responder.

Dos

Últimos días de mayo 2025

Para aplacar el último levantamiento en la cárcel de Bouwer, donde había alrededor de tres mil presos, participaron del operativo unos mil efectivos, integrados por personal del Servicio Penitenciario, de la Dirección de Unidades Antimotín y varios cuerpos de la Policía de la provincia, incluyendo el Equipo de Tácticas Especiales Recomendables (ETER). Teniendo en cuenta los dos hechos, esa escuelita estuvo rodeada por una fuerza represiva desmesurada si la comparamos con la que sitió la cárcel. Bien, el tema era serio pero, más que serio, complicado. No era necesario movilizar a tanto personal.

—¿Fue por la bomba?

—¡Claro! Había niños enfermos, una docente embarazada, una india que llevaba y traía, una directora atenida a los protocolos del Ministerio y un exguerrillero, que había ido a buscar a su nieta y no se la querían entregar.

—¿Qué papel le tocó a usted?

—Dirigir las primeras acciones, con la atención puesta en que no sucediera una tragedia mayúscula. Se hablaba de que no había

forma de asegurar la vida de todos, nadie había tenido nunca una experiencia como esa. Y fue muy importante el papel de la prensa. Sin ustedes, los documentos del gobierno y las fuerzas represivas habrían aportado una única versión. ¿Sigo?

—Adelante.

—Esa mañana —siguió diciendo Ventura—, entró una llamada a mi celular. Eran las 10, más o menos, sino no hubiésemos llegado antes que los padres. No reconocí la voz que me decía que alguien había introducido una bomba en un jardín de infantes. Había pasado una noche de aquellas que difícilmente se repitan. Estaba agotado, con juegos arriesgados que yo desconocía, a los que fui introducido por la jovencita que estuvo conmigo. Salté de la cama, la sacudí y, como no despertaba, la arrastré de los pelos y le lavé la cara. "Vestite y andate", le dije. ¿Usted va a grabar todo?

—Sí. Después voy a editar. Y trataré de mejorar su relato.

—Pobrecita, la traté mal porque quería bañarse conmigo. Ya había abierto la ducha, salí hecho una furia a recoger su ropa y la empujé fuera del departamento. Mientras me bañaba escuché que sonaba el timbre. No se iba porque le faltaba una sandalia. Cuando la encontré debajo de la cama, abrí la puerta y se la arrojé a la cara. "¡La puta que te parió!", me gritó y se fue rengueando sobre el taco aguja de un solo pie. Veía todo como a través de una bruma, tuve que apoyarme en el lavabo hasta que pasó el mareo. El novato que me llamó no supo decirme dónde estaba ubicado ese jardín de infantes. Se guiaba por GPS. Coloqué sobre una hornalla una cafetera con borra y le agregué un poco de agua. Estaba asqueroso.

Tragué sin respirar. Al chaleco antibalas lo encontré enseguida, pero al arma reglamentaria no. Tomé el celular para llamarla, pero no recordaba su nombre ni su número de contacto. Por eso me rompí los huesos de la mano, la ira me llevó a dar un par de puñetazos contra los azulejos. No recordaba si los juegos habían incluido el arma y las esposas. Para evitar riesgos, las había escondido en el estante más alto del placard. Me llegué a la calle, me enojé más. Estaba cansado de renegar porque el patrullero estacionaba demasiado cerca de la esquina donde vivo, cuando la orden de siempre era evitar un señalamiento exacto de la ubicación de mi departamento. Tenía cuentas pendientes por pruebas ilegales con las que había logrado enviar a la cárcel a un par de malandras. Los otros jefes pensaban que exageraba con las precauciones, que solo se trataba del mito del perseguido que delira con sus perseguidores. ¿Vamos bien?

—Sí.

—No fue sencillo armar el relato con el informe que me daba el novato. Me hablaba de un calor extremo que se elevaba como una cortina desde el asfalto y espantaba hasta a las iguanas, como si estuviéramos marchando hacia el desierto y parecía ser cierto, porque dentro del patrullero el aire acondicionado mitigaba apenas el calor. Dejé hablar al agente sin hacerle preguntas, pero no lograba tener una visión aceptable de lo que iba a encontrar en ese jardín de infantes, en la zona sur, donde termina la ciudad y comienza la soja. Ni privado ni provincial: municipal. El novato me informó que un masculino mayor de entre 70 y 75 años que se apersonó en la escuelita no figuraba como pariente autorizado para retirar a su

nieta por lo que no se la querían entregar. Por debajo de su camisa entreabierta se veían cables y escondía algo a la altura del vientre. Pregunté si habían llamado a la división explosivos, al jefe de Policía, al ETER. El novato no sabía.

Se detuvo para encender un cigarrillo, pero no lo encendió. Dijo que lo estaba dejando. En las pausas traté de recordar el contexto de los acontecimientos y comparar con los apuntes de mi libreta.

—Tengo vivo el recuerdo de que el tránsito urbano y el calor desalentaban a cualquier ser viviente que necesitara desplazarse. A medida que la ciudad se deshilachaba, el aire fresco de los espacios abiertos de la avenida de Circunvalación se hacía desear como un alivio necesario. Por la radio del móvil llegaban informaciones sobre hechos violentos cometidos a la salida de los bancos, robos de celulares, motos, bicicletas y comercios minoristas en zonas donde el celo policial parecía extinguirse por la escasez de presupuesto.

Se detuvo otra vez y lo alenté a seguir. Yo no tenía demasiada experiencia en el manejo de las pausas y el relato, pero creo que aprendí de golpe en esas entrevistas. Aprendí a esperar, por ejemplo, el estado transitorio de la persona que tenía frente a mí en sus idas al pasado y sus regresos, a no impacientarme, a estudiar el contenido de la pregunta siguiente mientras duraba el lapsus. Hubo largos silencios que me parecieron adecuados para dejarle recargar energía. Ofrecí pagarle alguna bebida, pero rechazó la oferta.

—Pregunté al novato si podíamos comunicarnos con alguien —dijo Ventura—. Negativo. ¿Cuántas docentes y cuántos niños hay en el establecimiento? No lo sabía. Le ordené que averiguara en el

Ministerio de Educación y que se comunicara con la división de explosivos.

El dolor permanente en los dedos de la mano cambió su gesto. Dijo que no recordaba el nombre del novato, trató de hacer memoria y luego confirmó que era Sánchez, Ramiro. Habían incorporado tantos agentes que le resultaba difícil retener sus nombres. Como Ventura aparentaba menos edad de la que tenía, los subordinados murmuraban que le exigía demasiado a su cuerpo, más de lo que podía soportar. En las rondas nocturnas se decía que la estaba jugando al doble o triple, con el cigarrillo, el alcohol y el sexo desaforado con jovencitas que se iniciaban en el oficio, fáciles de presionar. Se decía también que debería haberse retirado antes y que no lo había hecho porque no podía prescindir de las dádivas que cobraba.

—Cuando el patrullero entró en un camino de tierra mal mantenido y polvoriento, el novato Sánchez comentó que estábamos llegando. Con las gafas calzadas en el sobrehueso de mi nariz, no alcanzaba a ver el techo de paja de un rancho rodeado por un amplio patio que, alguna vez, había tenido césped verde y ahora era amarillo, bajo la sombra de un gigantesco algarrobo que parecía estar agonizando. El rancho estaba protegido por una cerca de ladrillos, claro, a la que el tiempo y la falta de capa aisladora habían volteado casi todo el revoque. El cerco de apenas un metro cincuenta coronado con alambre de púas había sido pensado para evitar visitas indeseadas y la estampida de los niños cuando llegaran sus madres a retirarlos al jardín. Surgieron otras preguntas: quiénes eran los propietarios de la tierra y de los automóviles desvencijados

que esperaban bajo los pocos árboles ralos para avanzar hacia la escuelita. Sánchez no lo sabía. En el mapa satelital el jardín de infantes se adivinaba como un lunar marrón entre parcelas sembradas, aislado, lejos de toda construcción. Se estaba levantando un barrio de casas confortables con parques y piscinas, galpones con máquinas agrícolas, tractores y chatas 4x4, un barrio que ahora se está multiplicando.

—El oficial al mando de otro patrullero me anotició de que estaban esperando que se integrara el Comité de Crisis. Ningún efectivo había podido ingresar a la tapera y nadie se acercó a parlamentar por el rumor de que habían plantado minas terrestres entre la puerta de entrada y el portón externo. Ese rumor los paralizó.

Esto me sirve. Los cronistas no habíamos llegado todavía.

—A ciento cincuenta metros se acercaban otros vehículos con madres seguramente ansiosas por recuperar a sus hijos. Dentro del ranchito se escuchaban voces de niños y adultos en una especie de rito cantado que parecía un juego. Uno de los oficiales recibió un llamado al *handy* desde el vehículo en el que estaban llegando el jefe de Policía y el ministro de Seguridad de la provincia. Simultáneamente, llegaban una autobomba, un móvil de la brigada de explosivos, un carro del ETER y otro de la Guardia de Infantería. "Hoy tenemos guerra, jefecito. Ya la estaba extrañando", le escuché decir al novato.

Cuando Ventura se detuvo aproveché para preguntarle si había habido muertos. Se miró la mano lastimada, luego la petaca vacía.

Se me hizo difícil sostener la mirada de ese hombre duro, con el cuerpo lleno de cicatrices y ese depósito de lucubraciones llamado cerebro atiborrado de estratagemas para atrapar delincuentes. Pensé que no iba a responder por la forma de mirarme, esa forma que mete miedo porque parece nacer del fondo de un viejo rencor. Lo dijo en voz baja.

—Sí, hubo un muerto. Y usted lo sabe.

—¿Detenidos?

—Varios.

—¿Heridos?

—En cada arremetida de uniformados quedaba algún contuso.

—¿Cuál era la consigna?

—Que no hubiera muertos ni heridos.

—Imagino lo tremendo que fue cuando se escuchó el disparo.

—¡Pero si usted estaba ahí!

—Ventura, cuando sonó el disparo, yo estaba dentro del jardín, filmando al forense que examinaba a los niños. No alcancé a ver lo que pasaba fuera.

Tres

Noviembre 2024

—Los últimos vehículos que llegaron pertenecían a medios de prensa, con la pintura intacta y brillante de no más de un año de antigüedad. Di la orden de que nadie respondiera preguntas, que informaran sin informar. Un grupo heterogéneo de unas veinte personas se acercaba al establecimiento, en cuyo portón de acceso cerrado con tranca y candado brillaba un cartel de chapa oxidado de color blanco y celeste que decía:

Jardín de infantes

“Dientes de leche”

—Muchos padres y madres y abuelas se movilizaban en autos destartalados o en bicicletas y motos de baja cilindrada. El resto a pie. Las primeras personas que se acercaron al portón fueron intimadas a no avanzar por un grupo de agentes del CRE. No habían llegado todavía los carros de la Guardia de Infantería con los perros, las porras y las pistolas taser. Por si había una posibilidad de un acuerdo pacífico, comencé a recabar información.

Ventura aceptó la oferta de la bebida fuerte que le había ofrecido. Respiró. Se había quedado sin aire.

—Le pedí a Sánchez que preparara un informe sobre todo lo ocurrido desde que habíamos llegado. Me asomé al interior del patio y los manchones de tierra y pasto amarillo, el tobogán y las hamacas oxidadas y el algarrobo moribundo me produjeron una sensación desagradable. No entendía por qué le seguían llamando jardín a ese páramo. *Desierto de infantes* debería ser el nombre. Se comprobó que la única llamada registrada al 911 provenía del celular de la directora. Después solo hubo silencio. Pudieron saber su nombre por la única persona que salió del rancho y volvió a ingresar, una mujer muy alta y hermosa, de rasgos aborígenes, docente o portera que se hacía llamar *Guaci Ortiz, princesa guaraní*. Comprobó que el candado estuviera cerrado y mientras se alejaba de nosotros nos dio el nombre de la directora: Cecilia Gastaldi.

—Vaya más lento, no se apresure.

—No quería arriesgarme a que Velazco me hiciera las mismas preguntas que yo le había hecho al novato.

—Identifique a Velazco, por favor.

—Era el jefe de la Guardia de Infantería. Si no me equivoco, lo sigue siendo, a pesar de los remezones que casi a diario ponen a prueba a las distintas reparticiones. Bueno, me las ingenié para salir del brete con el informe de que un terrorista amenazaba con hacer estallar un explosivo amarrado a su cuerpo. También, le informé de la mujer de ascendencia aborigen que apenas había balbuceado unas palabras en un idioma para el que no teníamos traductores.

—"¿Mapuche o guaraní?, ¿paraguaya, chilena, brasilera?", me había preguntado Velazco. Dijo que quizá los indios de todas las provincias se estaban organizando para atacarnos a los blancos, mientras mostraba los dientes manchados por falta de limpieza.

—Los hombres y mujeres que llegaron en los carros de asalto recibieron órdenes del jefe de Policía, el comisario Contreras, de instalar en los huecos más altos del muro perimetral las armas largas con láser de los efectivos del ETER. Los que estaban arrojados al piso debían detectar las sombras que movían las cortinas detrás de las ventanas. El jefe de Policía fue terminante: "¡Nadie dispara sin recibir una orden!". Velazco se molestó, necesitaba darle utilidad al arsenal que portaban sus subordinados. Después reiteró que se comunicaran con el Ministerio de Educación, para que de una buena vez viniera una inspectora. No le agradó la noticia de que no se podía aislar bien la escuela, porque la parte trasera se proyectaba sobre un desplazamiento de tierra a un paso de convertirse en barranco. Y, por encima del vacío, la avenida de Circunvalación. Inaccesible por detrás y campo minado por delante. Así como estaban las cosas, era difícil encontrar opciones para intentar un abordaje por la superficie y voltear la puerta, sin que los niños entraran en pánico. Para ganar tiempo ordené al agente Sánchez que pidiera por teléfono un helicóptero y algunos drones. Velazco y Contreras aceptaron que yo comenzara a tomar decisiones, al menos hasta que llegara la fiscal. ¿Sigo?

—Siga, Ventura.

—Ordenamos cargar las armas no letales y reservarlas para las madres y padres. Ordené buscar un megáfono. Tardaron unos minutos en conseguir uno que nos prestó un vendedor ambulante que llegó en un carro tirado por un caballo flaco a esperar a su hijita. Pedí silencio. Pregunté si los niños se encontraban bien. "No se olvide de incluir a las niñas", comentó por lo bajo una oficial de la brigada de asalto, Rocío Abrate, que fue responsable por descuido de la única muerte registrada en el lugar de los hechos.

En el diálogo que aceptó mantener conmigo, le hice notar a Ventura que, por su tensión nerviosa, parecía un sobreviviente refugiado en otra realidad. Varios meses después y aunque hubo otros hechos también graves, se seguía hablando del curioso caso de la toma forzada de un jardín de infantes por un solo sujeto que quedó detenido apenas por una semana. En ese tiempo, le realizaron las pericias psiquiátricas a él y a su nieta y se confirmó que había cumplido sus condenas anteriores. Se agregó al sumario la información del forense relacionada con la salud de cada niño. Se averiguaron en Asunción los antecedentes penales de la princesa guaraní. Se contactaron a los cónsules de Chile y Paraguay para obtener información sobre posibles movimientos de indígenas, por cuestiones como devolución de tierras ancestrales u otros reclamos. Había mucho revuelo en el sur por las decisiones del gobierno argentino de no respetar leyes que consagraban esos derechos.

Cuatro

Noviembre 2024

—Había un asqueroso olor a herbicidas y no habíamos visto ni siquiera una foto de alguno de los niños. A nadie se le ocurría cómo actuar. Guaci se ofreció para mediar, pero los otros jefes no la aceptaron. Por desconfianza. Por ser guaraní, por su posible complicidad con el intruso. Megáfono mediante le pedí a la directora que confirmara el nombre del terrorista: Adelmo Introini. Las docentes declamaban que el cerco policial era injusto y violatorio de derechos constitucionales. Insistieron con la presencia de la fiscal de turno y la jueza de menores. Pidieron que reconectaran la luz. El representante de la empresa se comprometió a hacer el trámite. Los movileros y los periodistas transmitían en directo entremezclados con la gente, instalando en primer plano los rostros contracturados de las madres.

—¿Qué más recuerda, Ventura?

Hizo una pausa bastante más extensa que las otras y sonrió. Eso me llamó la atención.

—Velazco me hizo señas para que me acercara a un movilero que entrevistaba a una joven muy ofuscada. Me pareció entender que era hija o nuera del terrorista y no habíamos escuchado mal. Era una

mujer de clase media pobre, pero culta y elegante. Con el ojo izquierdo y los labios amoratados, respondió negativamente a la pregunta si sabía dónde estaba su marido. "Estará loqueando, seguramente, con esas yeguas, sus compañeras de trabajo. Llenándose de parásitos". Dudé si darle mis condolencias, si pedirle perdón porque no se podía avanzar con el rescate, buscaba palabras que sonaran adecuadas. Era nomás la nuera del terrorista.

Sin que nadie se diera cuenta, le dije a Ventura: "Usted me aplicó un puntapié a la altura del tobillo. ¿Recuerda?".

— Es cierto, Galópolo. Intentaba proteger a la mujer con mi cuerpo. La arrastré hasta donde estaba el patrullero más cercano y la obligué a sentarse en el asiento del acompañante. Le pedí su nombre: Claudia Perano.

Se detuvo otra vez para tomar aliento. Daba la impresión de que lo cansaba el haber repetido tantas veces el mismo relato.

—Le ordené a Sánchez que buscara un médico. Pedí agua para la mujer y tuve que bajar del móvil para acercarme a la autobomba. Nadie tenía una mísera botellita de plástico fuera del rancho. Ni las madres ni los vecinos que se habían acercado ni los del ETER. Corríjame si me equivoco, Galópolo, pero usted trajo un termo con agua fresca que solían llevar en la combi del canal de televisión. Cuando la mujer se serenó, le pregunté de nuevo su apellido. Ya me dijo el de soltera. Dígame el de su marido. Introini. El novato preguntó si era Adelmo. No, Federico. Adelmo es el padre. Sánchez salió del patrullero como una tromba y entró al carro blindado del equipo de Inteligencia que arribó en ese momento. Se lo veía feliz

por haber confirmado el dato que nos permitiría rastrear el derrotero de vida del sujeto que nos tenía en vilo.

—Había más de cien personas en ese momento alrededor de la tapera. Le pregunté a Claudia Perano el nombre de su hija. "Valentina", dijo. Recuerdo estas palabras como si las hubiera escuchado ayer. Cinco añitos. Tenía leucemia y ese día era su último día en el jardín. Quería despedirse, porque esa tarde la iban a internar. ¿Me permite escuchar las grabaciones?

Accedí de inmediato. Ya tenía los cortes preparados.

—¿Es verdad que se ha identificado al terrorista?—. Era mi voz.

—Negativo.

Insistí.

—¡No se le ocurra mencionar ese nombre! —dijo Ventura, ofuscado por mi insistencia.

—Tengo que mencionarlo.

—Me está pidiendo que lo detenga por desacato.

—Estoy haciendo mi trabajo.

Ventura negó que Introini tuviera una bomba de trotyl atada a la cintura.

—¿Y qué hace acá la brigada antiexplosivos?

—¿Cuál es su nombre?

—Armando Galópolo.

Ahí se cortó la entrevista. En ese momento llegó el subjefe del CRE, de civil, con unos jean y una campera rotosos y mugrientos. Mauro Viola estrechó la mano lastimada de su jefe sin preguntar por la muñequera.

—Está viniendo el helicóptero de bomberos y van a filmar desde arriba —dijo—. También, están trayendo drones.

—Antes de que nosotros llegáramos una mujer salió y entró caminando —le dijo Ventura.

—¿Está identificada?

—Es una india. Dicen que guaraní.

—¡Ahí está la cosa! —dijo Viola—. Si entró caminando, sabe dónde están los explosivos, entonces, es cómplice de Introini. ¿Ventura, recuerda quién es Introini?

—No…

—Venga que le cuento.

—Y me contó, sin reparos. Nos contó a todos, a todos juntos para no tener que repetir, reunidos alrededor de la trompa de un patrullero. Recordó que a Adelmo Introini se lo tenía fichado como jefe de un grupo escindido del peronismo revolucionario a principios de los 70. Lo apresaron durante el gobierno de Lanusse en una

escaramuza con el ejército. Quedó malherido. Estuvo hospitalizado varios meses, esposado a la cama y con custodia, pero cuando pudo caminar logró fugarse por una banderola del baño del pabellón. Usó una treta ingeniosa: cada vez que lo llevaban al baño, pedía que cerraran la puerta porque le daba vergüenza que lo miraran cuando orinaba. En la calle lo esperaba un auto. Se ocultó varios meses fuera de Argentina y lo amnistiaron cuando Cámpora asumió como presidente. Siguió militando en la guerrilla, se había vuelto un bicho de monte y nunca lograron apresarlo. Formó pareja en España. Se separaron. El padre de Valentina, Federico, fue fruto de una segunda o tercera relación. Adelmo había conseguido un trabajo decente en Madrid, de periodista en un medio importante, hasta que asumió Alfonsín y no tuvo más problemas.

Un aplauso estruendoso reclamó la atención general. Algo había pasado y no se sabía qué era. Finalmente, se supo que el aplauso había sido para llamar la atención de las autoridades.

—Dicen que cuando anduvo en el extranjero —nos siguió contando Viola—, en Argelia o en Cuba, hizo cursos de ingeniería y se especializó en explosivos. Tiene una gran habilidad para el arte de engatusar al público. Y el prontuario limpio desde 1985. La duda es si realmente dejó de delinquir o alguien borró sus últimos antecedentes. En los 80 nació Federico, el papá de Valentina, la nena que el viejo quiere recuperar. Padre e hijo nunca se llevaron bien. No se sabe cómo, parece que Adelmo obtuvo la tenencia del nene rebelde que lo enfrentó durante toda su vida por cuestiones menores. La madre terminó internada en una residencia que

ocultaba su verdadero negocio, un depósito para supuestos enfermos mentales peligrosos.

—¿Eso le dijeron o le consta?

—Confío en la fuente.

—Pídale a esa fuente que le envíe algún documento.

—¿Qué documento?

—La historia clínica.

—Terminé convencido de que por falta de ingenio Viola podría perderse la oportunidad de sustituirme cuando yo me jubilara. En algún momento pensé que la suma de las historias personales iba a entorpecer el relato verdadero. Pero bueno, así es como se arman y desarman los contenidos, usted lo ha dicho, como un tapiz en el telar. El riesgo es que la historia se repita y eso nos obligue a elegir una versión.

Cinco

Mayo 2025

Tuve que recurrir a la buena voluntad de Adelmo para encontrarme con Guaci. Le expliqué mi interés periodístico y describió con lujo de detalles lo que ocurrió dentro del rancho, mientras afuera comenzaba a formarse el tumulto.

—Salvo Cecilia Gastaldi, nadie conocía a Adelmo Introini. Levantó en vilo a su nieta y la apretó contra su pecho. El hombre de cabello canoso y desprolijo parecía haberse revolcado en el patio antes de entrar. Las docentes y les niñes se sorprendieron. Parecía un hombre tranquilo. "¡Viniste, abuelito, viniste!" le había gritado Valentina cuando le abrí la puerta. Cecilia Gastaldi, con los brazos en jarra y el celular en una mano, le preguntó quién era a pesar de que lo conocía desde su niñez. Se tomó su tiempo para responder. Adelmo percibió que la directora fijaba la vista en los cables que se veían a través de su camisa entreabierta, reaccionó y quiso arrebatarle el celular, pero volvió a marcar el 911. "Ya estamos en camino" fue lo que se escuchó. Ya era tarde para irse. Lo arrojó en dirección a una ventana abierta con tanta suerte o tanta desgracia que el aparato cayó dentro del aljibe.

—Mientras tomaba un pliegue de su camisa, como si estuviera apretando algún mecanismo explosivo, sacó una bolsa de lona de un bolsillo y les indicó a las otras mujeres que se desprendieran de los celulares. A una distancia imposible de calcular se escuchó la sirena del primer móvil policial que respondía al llamado de Cecilia. La única decisión de las docentes fue abrazarse a les niñes, no imaginaban cuál era la reacción adecuada. Adelmo depositó a la niña sobre el piso y me apuré a cerrar con llave la única puerta de entrada y salida. El baño que debíamos compartir era una letrina a ras del piso, que esparcía un olor desagradable cuando se abría la puerta; estaba pintada de amarillo por les niñes, con el dibujo de un muñeco que parecía Pinocho.

—¿Qué pasó después?

—Introini dijo que había colocado minas terrestres alrededor del rancho. Hizo responsable a Cecilia si algo salía mal. A mí, me conminó a que no me moviera. Me senté en el piso en el centro de la sala y llamé a todos los niños y niñas a sentarse. Tuvimos un lindo diálogo. Les dije: "Hoy nos vamos a quedar un ratito más, ¿sí? El abuelo de Valentina se la quiere llevar. ¿Ustedes dejarían que Vale se vaya con él?". Todes quienes podían expresarse respondieron que sí. Les conté que afuera estaban las mamás y también, unos señores con uniformes feos que no las dejaban entrar. Seguí diciéndoles: "Estos señores están acostumbrados a los juegos para adultos. Invitemos a las señoritas a que se sienten con nosotres".

Hizo una pausa.

—No hubo forma de convencer a Valentina de que se sentara. Ya había pasado la hora de la merienda, pero el camión de PAICOR se había roto y no podía llegar. Las reticentes me miraban con un gesto no de desprecio, más bien de desconfianza, como si supieran que estaba complotada con Introini, pero dejaron de resistir cuando algunas niñas las trajeron tomándolas de las manos.

Hizo una pausa.

—El único diálogo de Adelmo con Cecilia fue pedirle que escuchara las razones de la niña para irse con él, pero Valentina bajó la cabeza y no quiso hablar. Sacó un pañuelito de un bolsillo y se sonó la nariz. Propuse que cantáramos hasta que nos trajeran la comida. ¿Cantamos?

Guau guau guau, che jagua oñarô
guau guau guau, che jagua karape´i
guau guau guau che jagua isaraki
ajépa iporâ, morotî ha ikyra che jagua michîmi.

—La coreamos dos veces. Detrás del muro perimetral, en la multitud integrada por madres y padres, policías, paramédicos, enseguida más policías y bomberos, todos gritaban, llamando a sus hijos o pidiendo silencio, orden y sensatez. Cecilia Gastaldi se tentó de atravesar una ventana y salir corriendo, pero logré disuadirla. Le susurré: "No querrás quedar inválida, querida Cecilia. ¿Has visto la película *Las tortugas también vuelan*?". Luego, me dirigí al resto: "Tenemos que cuidar a la señorita directora y a Macarena, que pronto va a ser mamá".

Guaci suspiró. Se había puesto nerviosa.

—Las docentes dudaron si aceptaban mi propuesta, mientras la directora intentaba quitarle la bolsa de lona con los celulares. Adelmo la empujó. Cecilia lo desafió, lo insultó. Me acerqué a ella y la convencí de que se sumara a la ronda. También, me las arreglé para descolgar de la pared un pizarrón de metacrilato y lo deposité en el piso. Propuse a los niños que cada une tomara un marcador negro para dibujarles caritas a los huevitos.

—¿Qué es eso de que usted es una princesa guaraní?

—Todo es verdad. Nada es mentira.

Debo reconocer que la impaciencia me estaba jugando una mala pasada. Tenía mucha avidez de información y Guaci era la más indicada para dármela.

Seis

Noviembre 2024

Ya eran las tres de la tarde y a nadie se le había ocurrido una bendita idea. No se podía calcular cuánto tiempo iba a durar la resistencia, dato imposible sin el cual no se podía preparar un protocolo. Pregunté a una de las madres si los niños recibían raciones del PAICOR y me ilustró que sí pero no todas las raciones eran iguales. Muchos problemas alimentarios. Sánchez se me acercó y preguntó qué íbamos a hacer. Polemizamos acerca de la opción de arrojarles víveres desde el helicóptero, pero alguien pensó y así lo dijo, que los niños se iban a aterrorizar cuando la nave se detuviera en el cielo sobre el rancho. Fue la única ocurrencia que se gestó en mi cabeza ante la convicción de que el terreno estaba realmente minado. La india había tirado la versión como si fuera un *boomerang* y volteó varios muñecos cuando la fuerza de choque quiso forzar el portón. Entonces, di la orden de que se comunicaran con el helicóptero. Sánchez se ocupó y en unos segundos estaba hablando con el piloto. Tenía las coordenadas del jardín de infantes en la pantalla del GPS. Le explicó la situación general y las necesidades que había que cubrir. Mientras daba las órdenes que me parecían pertinentes, decidimos reunirnos en un carro de asalto de la Guardia de Infantería con aire acondicionado.

—Entendido, agente. Especifique qué tipo de alimentos tengo que llevar —se escuchó decir al piloto.

—Lo que pueda. Milanesas, sánguches de miga, fruta, chizitos…

Uno de los padres apuntó que no todos los niños comían lo mismo y que no podían conformarse con lo que trajeran.

—Hay niños con alergias alimentarias. Niños que no comen conservas. Niños con síndromes especiales, enfermos o con órganos afectados por malformaciones.

—O celíacos. Los celíacos no pueden comer nada con TACC —dijo una de las madres.

—Va a tener que hacer dos o tres viajes. A menos que lleve una lista y consiga todo. Vaya trayendo el agua.

—Negativo, señor. Hay niños que toman agua sin sodio.

—Estaba a punto de estallar y me alegré por no tener hijos —dijo Ventura—. Pensé por un instante en una casita pequeña rodeado de niños propios y ajenos, sillitas altas para comer, me vi pateando juguetes y tropezando con animales, pañales sucios en la mesada de la cocina, caca y pis alrededor del inodoro, el lavarropas fundido por tanto funcionamiento. Comenzó a dolerme la cabeza. Me alejé unos pasos en dirección contraria al lugar donde estaban concentradas la mayoría de las madres. Me acerqué a una mujer policía y le pedí que preguntara a las docentes con qué se alimentaba cada uno. Y por el agua. Y por la leche. Sánchez se ocupó de alcanzarme la lista.

—Esta escuelita es una enfermería. Son muertos vivientes —dijo una madre, en medio de una batahola por la inacción de las fuerzas represivas—. Estos niños padecen enfermedades graves, cada uno necesita una atención especial.

Ventura estuvo un rato en silencio mirando hacia la calle con el vaso casi vacío en la mano. No me atreví a interrumpirlo. Apagué el grabador y a mí, que no fumo, me dieron ganas de tomar uno de sus cigarrillos y echar un par de pitadas. De a ratos, asomaba el sol entre las nubes de un otoño que se presentaba lluvioso y fresco después de un verano tórrido como ninguno en los últimos treinta años. "La Niña se retiró y volvió la normalidad", decían algunos; "es el cambio climático, el desmonte", decían otros.

Los expertos en minas terrestres, formados en Francia, comenzaron a hacer su trabajo con perros adiestrados, informados y conscientes de que quizá no era cierta esa siembra. También, alistaron los robots para desarmarlas si era necesario. Los francotiradores de élite volvieron con paciencia a ocupar los lugares desde donde podrían apuntar a las sombras más altas detrás de las cortinas cuando alguien, a la noche, les diera la orden de disparar a ciegas después de que los técnicos de EPEC reconectaran la luz. De pronto, la figura de Introini con su nieta pasó a ser un problema que debía resolverse.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Abelardo Iniesta, flamante ministro de Seguridad.

—Son las 4. Hasta las 8 habrá luz natural. Aunque quisiéramos planificar, no hay tiempo.

—Explíquese, Ventura. ¿Qué hay que planificar? Entramos, matamos o tomamos prisionero al terrorista, entregamos los niños a sus padres y nos vamos.

—Permítame, señor…

—Comisario Contreras. Soy el jefe de Policía.

—Si es tan amable, le pido me detalle el plan de acción que tiene decidido.

—¿Usted quién es?

—Amanda del Valle, fiscal de turno.

—Ojalá tuviéramos un plan, doctora, no estaríamos mirándonos como estúpidos. El tema es bravo y debemos decidir de una buena vez.

—Comisario, acá no se ha delegado ninguna facultad. Sin una orden de la señora fiscal, usted no puede tomar decisiones.

—¿Usted quién es? —preguntó el jefe de Policía.

—Martín Saad, médico forense del poder judicial. Creo, como la doctora Del Valle, que deberíamos tener una idea, al menos una idea si no es un plan.

—Apoyo la propuesta del doctor Saad.

—Señor ministro, insisto en que debemos actuar de inmediato.

—Correcto. Infórmeme, por favor, el costo en vidas que se ha calculado.

—¡Es imposible calcularlo!

—¿Cuántas personas hay dentro de la escuelita?

—Cinco o seis adultos y diez u once niños.

—¿Qué cantidad de muertos le parece aceptable?

—¿Usted quién es?

—Maite Pedrozo, jueza de menores.

—Ninguno, doctora, pero usted sabe que eso es imposible.

—No es imposible. Hay que hacer trabajar la cabeza, comisario.

—¿Acaso usted tiene algún plan? —preguntó ofuscado el jefe de Policía.

—Lo tengo: agotar las negociaciones.

—Con delincuentes no se negocia —dijo el ministro de Seguridad —, y un terrorista es un delincuente.

—Si usted me dijera que con una hiena no se negocia, lo entendería.

—Es más o menos lo mismo.

—Usted sabe muy bien que no es lo mismo.

El aire acondicionado del carromato comenzó a enviciarse. Voy a salir a tomar aire se escuchó decir a Ventura y saltó fuera del carro blindado, seguido por el subjefe del CRE, el forense, la jueza de menores y la fiscal.

Seguía llegando gente que producía ruidos difíciles de identificar. Gritos, bocinazos, ollas batidas con cucharones, tambores, un saxo que fue decomisado por la impertinencia de estar en un lugar que no correspondía. A las sirenas de los móviles y a los disparos de sonido de la autobomba, se sumaron las aspas del helicóptero cuando comenzaron sus continuos viajes de ida y vuelta a la ciudad. En el centro de ese barullo, se repetían las preguntas. ¿Cómo identificarían con los láser de las miras, sin verlo, al terrorista que tenía a su nieta en brazos? Dos cuerpos abrazados irradian más calor que uno solo. Dos cuerpos abrazados se transforman en una hoguera, señor ministro.

Me pareció de locos asegurar que ningún otro niño se abrazaría a una docente o a algún compañerito. Vino a mi memoria la toma de la Embajada de Japón en Lima en los 90 por parte de los guerrilleros de Sendero Luminoso y la terrible carnicería que sucedió para liberar a los rehenes. Durante cuatro meses, se calcularon palmo a palmo los pasos que se darían para evitar muertos inútiles, cuatro meses. Confeccionaron planos a escala de la embajada y los alrededores con tanta minuciosidad y exactitud que no falló nada, todos los rehenes sabían que serían rescatados y debieron cumplir al pie de la letra las instrucciones. ¿Pero qué instrucciones podríamos dar a unos niños a quienes solamente les interesaba jugar, reír y cantar?

Los expertos en explosivos pidieron hacer una prueba. Exigieron a los padres que se alejaran cincuenta metros más lejos de donde estaban, hubo que empujarlos con los escudos, sacudir algunas espaldas con las tonfas y amenazar con las armas no letales para disuadirlos de una resistencia que podía transformarse en delictiva. Con el altavoz pidieron a las docentes que se arrojaran al piso junto con los niños. Con una palanca destrozaron la traba del portón y con la protección de sus escudos buscaron materiales de hierro o de cualquier otro metal con un barreminas, pero no avanzaron mucho porque desde adentro la india, mitad en castellano y mitad en tupí, les hizo saber que Introini estaba dispuesto a detonar el explosivo cuando cualquier humano, robot o perro se acercara a la puerta del rancho.

La única idea, o algo parecido a una idea, fue sugerir que se buscara y se encontrara rápido algún antecedente en cualquier lugar del mundo en el que hubiese ocurrido un hecho similar. Como sea, en el celular, en algún archivo, en la memoria contada por algún padre. Todos, o casi todos, eligieron refugiarse bajo las mínimas sombras de sus automóviles para googlear y encontrar algún evento que alentara a pensar soluciones distintas a las que sugería ese lugar tan poco hospitalario. Se encontraron varias situaciones que derivaron en masacres: la masacre de Beslán, una escuela rusa que dejó trescientos treinta y cuatro muertos; la de Virginia Tech que dejó treinta muertos en Estados Unidos; la de Enoch Brown con un maestro y varios niños asesinados y varias masacres en China con cuchillos y martillos.

Siete

Noviembre 2024

Alguien pidió, rogó a los bomberos que arrojaran agua con la manguera de la autobomba sobre la tropa. Y al piloto del helicóptero que, antes de partir en un nuevo viaje, se instalara sobre el círculo de los carros y los patrulleros, a escasa altura, para que el viento de las hélices calmara el malestar infernal, aunque hubiese que soportar que levantara tierra, arena y cascotes y produjera lesiones oculares.

Mientras tanto, ante la imposibilidad de utilizar los barreminas y de seguir esperando los minidrones con cámaras y láser para detectarlas desde el aire, los de la brigada de explosivos pidieron autorización para arrojar piedras y objetos duros. Un bochófilo experimentado hizo rodar un par de bochas en dirección a la tapera. Lejos de calificar al hecho como ridículo, temían, con lógica total, que una bocha pudiera detonar algún explosivo demasiado cerca de las paredes y las derrumbara. Los llantos de los niños se habían apaciguado. Algunos padres que tenían autos con aire acondicionado, muy poquitos, se refugiaron en ellos. Todos, humanos, insectos y animales, absolutamente todos, se lo puedo asegurar, deseábamos que oscureciera. Faltaba nomás que la fiscal decidiera si se intentaría llegar por debajo de la tierra, una opción

que no estaba prevista porque demandaba no solo tablones para hacer un corredor con luz y oxígeno —a pesar de que el túnel sería poco extenso—, sino varias horas de trabajo y por lo menos cinco camiones de los grandes, o muchos más, para trasladar la tierra removida hacia algún sector en los alrededores de la ciudad que no perjudicara la producción de los campos sembrados.

Después de que el piloto del helicóptero nos hiciera saber que necesitaría mucho tiempo para encargarse de otros alimentos, los integrantes del Comité de Crisis se reunieron a parlamentar asumiendo el papel que les correspondía. No nos dejaron acercar a los movileros y los periodistas, pero Ventura aportó la sugerencia de que las madres, abuelas, tías y vecinas deberían organizarse por lo menos para conseguir agua potable.

Nadie había preguntado por los planos del rancho, por su antigüedad, convertido ya en tapera, ni por el cableado eléctrico o las cañerías. Antes de ser una sala para niños, allí vivían dos peones que se fueron o murieron. Dos hermanos que se dedicaban a fumigar montados sobre un mosquito pulverizador, hasta que la fábrica de agroquímicos le alquiló un avión al dueño del campo. Antes, los hermanos cuidaban a los animales y enterraban los bidones de glifosato a medida que se iban vaciando. No se sabe bien por qué no hablaban con nadie. Eran muy parcos. Se decía que en un tiempo compartieron una mujer, hasta que un día desapareció.

Otra discusión fue alrededor de la consigna "daño cero". Se decidió que los drones fotografiaran desde distintos ángulos a nivel de la superficie y por encima del techo, demasiado débil para resistir

el peso de un solo hombre de pie sobre la cubierta de paja. Algunos vecinos creyeron recordar que debajo de la sala había un sótano, por donde se habrían extendido cañerías y cableado, pero otros dijeron que en realidad se trataba del pozo negro en el que evacuaban los desechos humanos a través de la letrina. Tampoco se conocía el lugar donde estaba exactamente instalado ese pozo negro y no se sabía si el depósito de agua del aljibe había sido reemplazado con cañería de agua potable. Primera conclusión: no se podrían ingresar cámaras por el interior de esos cables, si los había, habría que recurrir a los microdrones y, eventualmente, a los nanodrones, que forman redes entre sí para remitir imágenes y sonidos.

—Me dio la impresión —dijo Ventura— de que ningún policía, al menos los allí presentes, estábamos al tanto de las cuestiones tecnológicas. Y menos la gente que se agolpaba en la cercanía.

También fue planteada la posibilidad de ingresar, por una ventana, un cartucho de gas somnífero, pero la inspectora de escuelas se negó rotundamente.

—Si pudiéramos utilizar una ampolla de óxido nitroso para dormirlos a todos —insistió el titular del ETER—, ¿usted nos daría el visto bueno?

—No conozco ese gas. Supongo que es un gas —dijo la fiscal—. ¿Qué características tiene?

—Hmmm, es muy amargo. Tiene sabor a almendras. Persiste unos minutos, se diluye enseguida y nos permitiría entrar y salir de

inmediato.

—¿Tiene algún efecto secundario?

—Puede provocar dificultad para respirar, náuseas, vómitos, dolor de cabeza… y afectar a las embarazadas.

Se supo que una de las docentes, Macarena, estaba con panza. Parecía que nunca nadie había estado autorizado a ingresar al salón, salvo en ocasiones especiales, por eso los padres casi no conocían a las docentes personalmente, sino por las descripciones de los niños. La propuesta de Velazco fue rechazada por el forense, la inspectora y la fiscal, también lograron que se descartara la de Contreras, partidario de un ingreso relámpago de los integrantes del ETER.

—En todo caso intentemos encontrar un mediador. En la fuerza policial tiene que haber —dijo la fiscal.

—Revisé la lista de los apellidos de los padres y advertí que no figuraban los de Valentina Introini —dijo Ventura—. Se la entregué a Velazco y a Contreras.

Mientras continuábamos deliberando, alguien del Comité de Crisis se acercó a las madres que estaban en la primera fila frente a las fuerzas policiales y preguntó cuál era la mamá de Valentina Introini. Se había ido en su auto sin dar ninguna explicación. Inmediatamente pidieron que se informe sobre la patente al registro de la propiedad del automotor, marca, modelo y color, para ordenar a todas las patrullas urbanas que lo ubicaran en las calles de la ciudad. También

pidieron informes a las empresas de telefonía sobre el número del o los celulares registrados por todos los Introini.

La conciencia de que el problema principal era la salud de los niños tardó un buen rato en instalarse definitivamente. Niños de entre cuatro a seis años y dos de doce. Pequeñitos, traviesos, aunque las madres aseguraban que la india sabía entretenerlos. Los hacía jugar sentados en el piso pintando caras en los huevos y era muy rigurosa cuando no se portaban bien o alguno rompía su huevo. Mientras encendía un cigarrillo, que no acercó a sus labios, Ventura recordó que la pregunta más difícil de responder, para confirmar lo que ya le habían dicho al agente Sánchez, fue si había algún niño sano en ese jardín. Una mujer tomó la palabra.

—Los aviones fumigadores siguen pasando sobre la escuela. Y ahora que la Corte Suprema ha dicho que es irrelevante la distancia a la que deben hacerlo, los sojeros están de fiesta. Todos enfermos. Algunos más, otros menos. Este jardín es un cementerio.

—El barrio también.

—¿Y por qué los siguen matriculando aquí?

—No los reciben en ningún otro jardín por las patologías que tienen. El intendente ha jurado que en 2026 tendremos un edificio nuevo. Hace tres años que lo viene prometiendo.

De pronto Ventura abandonó sus convicciones. Fumaba y hablaba, fumaba y hablaba, gesticulaba, tosía. Uno de los

camarógrafos de un canal de televisión de Buenos Aires se le acercó. Aparentaba ser una persona culta.

—¿Podemos hablar? —preguntó tímidamente.

—Sí, podemos, pero antes dígame: ¿conoce la resolución de la Corte Suprema, acerca de las distancias para fumigar con agrotóxicos?

—Sí, señor. Es la 1427/21.

—¿O sea que es cierto que pueden fumigar sobre un colegio?

El movilero levantó los hombros. Eché un vistazo a nuestro alrededor y recién me percaté de que había soja sembrada hasta debajo de la avenida de Circunvalación.

—Hubo un juicio en Córdoba hace unos años, usted recordará, por el que fueron condenados un productor agropecuario y, si no recuerdo mal, el piloto del avión. Nunca más hubo otra sentencia en todo el país, al menos que yo sepa.

El lote de "Dientes de leche", visto desde arriba, como comprobé en las imágenes transmitidas por un dron de la policía federal, parecía apenas una minúscula mancha que arruinaba la textura verde intenso de los campos sembrados que lo rodeaban. Ya no le presté atención a ese movilero. Se me ocurrió decirle que en unos minutos la fiscal daría un comunicado detallando la situación.

Ventura hizo una pausa. Nunca dejó de mirar en dirección al lote donde había estado el jardín de infantes. Desde que nos habíamos

sentado, en ningún momento, dejó de jugar con los cigarrillos.

—Estoy cansado —dijo—. ¿Podríamos seguir otro día?

Ocho

Mayo 2025

—Martín Saad, médico forense del poder judicial.

Se graba. Primera pregunta: ¿qué papel le tocó jugar en el caso del jardín de infantes "Dientes de leche"?

—Entrevistar a los niños y valorar su salud, para que la directora autorizara el retiro de cada uno por las personas autorizadas.

—Segunda: ¿son peligrosos los herbicidas que se usan contra las plagas de la soja?

—Sí, son peligrosos los utilizados para la soja y otros cultivos. Encontré varias patologías relacionadas con las fumigaciones. En los niños y las docentes, por exposición directa o indirecta. También, en los padres y vecinos del barrio. No se conocen las consecuencias de estos venenos a futuro.

—¿Cómo actúan?

—El glifosato es un herbicida que afecta la fertilidad de los suelos, el entorno de los insectos y la biodiversidad. Es peligroso para el ser humano, puede ser cancerígeno. Puede ser tóxico para el ADN, el sistema nervioso y puede dañar el microbioma intestinal.

Fue impresionante encontrar secuelas muy serias en todos los que viven en el mismo barrio, unos cinco mil habitantes. Cuando me citaron para hacer una… "evacuación ordenada", nos dimos con que todo el barrio está enfermo. Tienen más de ciento veinte casos de cáncer. Pedimos hacer un estudio en toda esa población y encontramos lupus, púrpura, síndrome de Dravet, hepatitis autoinmune, anemia hemolítica, alergia, asma, varios tipos de tumores, mutaciones genéticas y varios casos de leucemia. Cuando el promedio normal es de uno a tres casos en cien mil habitantes, ellos tienen más de doce en cinco mil.

Se detuvo un instante para hojear una pequeña libreta en la que estaban anotados los síntomas de cada enfermedad. Me leyó todas las hojas, comenzando con el síndrome de Dravet.

—Una encefalopatía epiléptica de grado muy severo que se inicia en el primer año de vida, a la que le sigue una epilepsia fármaco-resistente. A partir del segundo año, tiene lugar un enlentecimiento del desarrollo cognitivo del niño… y aparecen problemas de conducta. Es el caso de Benjamín —suspiró—. En varias familias encontramos lesiones ortopédicas como escoliosis, pies valgos, problemas de crecimiento, de alimentación, inmunológicos, vegetativos … Si no se ha llegado a un diagnóstico correcto en cada caso, las crisis pueden empeorar con tratamientos inadecuados.

—¿Cuáles son los componentes de estos productos?

—La marca principal del agrotóxico está compuesta por una sal concentrada muy difícil de pronunciar. En 2018, Argentina lideraba el ranking mundial de uso en el campo, según un estudio de la

Universidad Nacional de La Plata. Ahora creo que lo encabeza otro país. En la Unión Europea, donde lo habían prohibido, se han dictado dos resoluciones preocupantes: por una parte, quieren volver a extender el permiso de uso para el glifosato y por la otra, quieren autorizar nuevos procedimientos de ingeniería genética sin mecanismos de aprobación.

—¿Y no hay resistencia?

—¡Claro que la hay! Pero las investigaciones independientes son incapaces de producir un cambio de pensamiento. En nuestro país, se fumigan por lo menos veintiocho millones de hectáreas. De soja, maíz, algodón, cítricos, manzana, yerba mate, girasol. Se estima que por año se utilizan unos doscientos setenta millones de litros. Puede causar otras enfermedades, por ejemplo, el síndrome de TAR, enfermedad rara que causa malformaciones en las extremidades. Un niño nació amarillo y su madre pensó que era hepatitis o bilirrubina, pero el médico del hospital le dijo que no era eso. No conozco esa patología. Además, el chico es mudo y aunque no tiene malformaciones, la madre dice que hay que cuidarlo como a un bebé.

—¿Y la docente embarazada?

—Si Macarena, durante el embarazo o antes de quedar encinta, consumió agua o alimentos contaminados, puede sufrir consecuencias. ¿Sigo?

—Tenemos un par de minutos más.

Mientras respondía hojeaba la libreta.

—Cuando nació Micha, una pacientita que había concurrido un tiempo al jardín, nadie se dio cuenta de su enfermedad. Lloraba mucho, tenía la cabeza hinchada y sus ojos empezaron a brotarse. Tres meses después le diagnosticaron mielomeningocele, una malformación en los huesos de la columna que genera un hueco entre vértebras, por donde sale una especie de saco que sobresale de la espalda y deja expuestos nervios y tejidos. Esto le impide caminar. Susanita tiene retraso psicomotor y hace dos años le diagnosticaron epilepsia. Hoy tiene doce y a veces, la llevan al jardín para que no pierda contacto con otros niños. No ha podido seguir el proceso académico. Juliana nació con síndrome cerebral agudo, no pudo permanecer en el jardín porque dependía completamente de su madre. Hace dos semanas, Juliana murió en sus brazos. Jaimito nació con parálisis cerebral y microcefalia. Tampoco pudo permanecer en el jardín.

—¿Es imprescindible utilizar estos productos?

—No. Hay otras formas. Con cultivos rotativos. Con pesticidas naturales. Hay un producto israelí que es muy bueno, es natural y no es tóxico, el *bacilus turigiencien israelemsis*.

Dimos por terminada la entrevista y nos quedamos sentados mirando pasar la gente que regresaba a sus casas. Apurados, nerviosos, absortos, intoxicados, con el "síndrome del quemado", por el enorme cansancio que producen estas enfermedades.

—Si me permite, Galópolo, quisiera referirme a una curiosidad y no tiene que ver con la medicina, aunque sí quizás con una terapia adecuada para la atención de los niños: la de los huevos. Creo que la idea fue de la muchacha paraguaya. Parece absurdo, porque los huevos no eran reales salvo unos pocos. Casi todos eran de porcelana o de madera pulida. Curioso, ¿no? Por eso, los padres, casi todos de escasos recursos económicos, que tienen sus gallineros en otros barrios y huertas orgánicas, protestaban convencidos de que Guaci utilizaba huevos crudos para mantenerlos inmóviles. Al que rompía o se le caía su huevo, lo castigaba haciéndole cantar en guaraní. Era parte del juego, pero en realidad utilizaba las yemas de los huevos reales para hacerlos pintar. ¿Le parece raro? La historia de la pintura universal nos muestra que con una cantidad muy pequeña de yema de huevo se puede conseguir un cambio asombroso en las propiedades de la pintura al óleo. Lo usaban Da Vinci, Botticelli y Rembrandt, mezclados con agua o con aceite de linaza. Guaci quería entusiasmar a los niños, la mayoría con atención dispersa o disminuida, con aprendizajes que ayudaran a la concentración. También, usaba música. Les cantaba canciones infantiles y los niños se tranquilizaban. Inclusive Agustín, que se pasaba la mayor parte del tiempo caminando alrededor del salón o reconcentrado en su teléfono celular.

—¿Por qué las madres desconfiaban de Guaci?

—Porque era distinta a las otras docentes: les contaba historias con personajes reales, cantaba, dibujaba, los hacía jugar. Fíjese, Galópolo, que para mantenerlos agachados por debajo del quicio de las ventanas, cuando todavía temían que los policías dispararan a

cualquier bulto que se moviera detrás de las cortinas, jugaba con ellos al "yacaré", un juego típico de los guaraníes cuando después de las fiestas los varones, borrachos y ansiosos, salen por el monte a buscar a las muchachas. Era parte del juego arrastrarse para que no los vieran o no los reconocieran. Después de pintar con las yemas, dibujaban caritas en los huevos de porcelana y los regalaban. No eran para comer, las raciones del PAICOR, aunque no eran abundantes, eran suficientes.

Un rayo de sol atravesó las hojas de los árboles. Quedé absorto contemplando la cantidad de corpúsculos que se movían con el viento de un lado hacia otro, se arremolinaban, subían, quedaban en suspenso, bajaban a ras del suelo y volvían a elevarse, algunos destellaban como guirnaldas de colores. No quise preguntar, quizá previendo la respuesta, si esas partículas podían estar cargadas con algún veneno o alguna otra sustancia perjudicial.

Nueve

Noviembre 2024

Guaci quiso escuchar el recorte de su relato. "Por simple curiosidad", dijo. Fue un placer contemplar los gestos que hacía mientras su voz repetía lo que había dicho la vez anterior. No corría viento ni brisa alguna y las cortinas de voile se mantenían tiesas, como si fuesen de telas pesadas y no de tul.

—Adelmo consideró, y así me lo dijo, que había sido una idea brillante hacerles creer a las fuerzas del orden lo de la siembra de bombas de contacto. Estaba seguro de que las cabezas formateadas de los agentes y oficiales me incluirían como coautora de la idea, pero ya habría tiempo para poner las cosas en su lugar. Eso los mantendría un buen rato dilucidando y era, quizás, la única posibilidad de que se lograra evitar el asalto violento de esa tropa confundida.

—Adelmo fue a la letrina y Valentina lo siguió. Le llamó la atención que el piso de tierra apisonada había comenzado a resquebrajarse. Le susurró a la niña que lo esperara afuera y ella se quedó paradita junto a la puerta cerrada. Le pareció escuchar voces lejanas como las de aquellas almas que se comunican con sus seres queridos cuando les piden que los visiten, voces que parecían venir

desde la profundidad de la tierra y pensó, recordando a Julio Verne, que quizás eran voces de marineros que navegaban el mar océano que está en las profundidades. Ni se le ocurrió pensar que un equipo especializado de bomberos intentaría llegar por abajo si la fiscal se lo permitía. Fue entonces que descubrió una mosca del tamaño de una abeja que volaba sobre el agujero de la letrina, que luego se posó en el marco de una ventanita ubicada a ras del techo y lo miraba, rotaba la cabeza con movimientos suaves como si estuviera curioseando para abalanzarse sobre materia descompuesta. Eso lo alejó por un momento de las voces que había descubierto. Se percató de que la mosca o lo que fuese tenía una lucecita dentro de ella y le pareció escuchar un zumbido de un tipo diferente al de los insectos comunes. Agradeció haberse extirpado las cataratas después de renegar durante años por el costo de la operación. "Esto no es un bicho, parece una abeja, pero no lo es", dijo para sí. En esta zona no hay más abejas, el viento cargado con minúsculos puntitos blancos que parecen de polvo pero no lo son se ha llevado las abejas y las flores y las ramas verdes de los árboles también. Todo lo que antes era la vida ahora es una triste película en varias tonalidades del sepia.

—Adelmo —repitió Guaci— tuvo especial cuidado en que los espías no descubrieran lo que llevaba en el bulto debajo de la camisa. Lentamente, como si se agachara para rascarse un pie, se quitó un zapato y aplastó a la abeja. Al caer al piso percibió un chirrido como de engranajes que se movían para destrabarse. Ya están adentro y no debe ser el único bicho escondido en el salón. Ya están adentro, vienen por arriba y quizá vendrán por abajo. Pensó cómo hacer para no crear pánico. Al salir de la letrina, comprobó

que Valentina se había integrado a la ronda. Me hizo señas, se acercó a mí y les dijo a las otras docentes que debían cerrar bien las ventanas, para que las moscas no molestaran cuando trajeran la comida. Dijo que siguiéramos jugando que él se ocuparía del asunto.

—Tuvo que explicarme más con señas que con palabras lo que había visto en el baño. No terminaba de agradecer la circunstancia maravillosa de habernos encontrado en la feria popular de mi barrio, cuando pudo explicarme la situación peligrosa en la que estaba Valentina. Le llevó un rato largo convencerme para que tomara partido a su favor si llegaba a suceder cualquier inconveniente, de la índole que fuera, aunque no había podido imaginar que Cecilia Gastaldi entraría en pánico cuando descubrió los cables debajo de su camisa. La idea de inventar lo del campo minado cuando escuchamos la sirena del primer patrullero fue de Adelmo y no mía. No era un tema que hubiésemos hablado al encontrarnos, porque no imaginábamos que la directora reaccionaría de esa manera.

—Aun así no habían comenzado las verdaderas escenas de guerra —agregó Guaci—. Al cerrar la segunda ventana, Adelmo descubrió una langosta diminuta que lo miraba con la misma curiosidad que la mosca. Se quitó el zapato, pero esta vez el insecto fue más veloz y alzó vuelo una milésima de segundo antes de ser aplastado. Voló hacia dentro. Los que manejaban esa nanocomputadora no iban a caer nuevamente en la derrota que significaba perder un dineral con cada uno de los bichos que fuera descubierto y aplastado. Al girar sobre sí, Adelmo vio que los niños y las docentes lo miraban extrañados. Nuevamente lo salvé de dar explicaciones sobre esa misteriosa danza no ensayada que le hacía

tropezar con las sillas y las mesas dando zapatazos a la nada. Al ver que los niños se reían, se hizo el payaso durante un par de minutos, aún a riesgo de que una mira con rayo láser aprovechara la ocasión para posarse sobre su frente.

—A ver, niñes, sigamos con el juego de los huevitos. ¿A nadie se le rompió su huevito? ¿No? Bueno. ¿Cada une tiene sus fibras? Primero vamos a golpearlos suavemente por la parte de arriba hasta que en algunos se haga un agujerito. En un platito, vamos a sacar un poquito de yema. ¿Saben cuál es la yema? ¡La amarilla, claro! Ese poquito de yema se lo vamos a agregar a los colores mezclado con esta agüita, ¿sí? Cuando estén listos vamos a dibujarle una carita linda a cada huevito, con mucho cuidado porque algunos son muy frágiles, ¿recuerdan? Tenemos que cuidarlos. Que no se rompan. Y escribí en el pizarrón: "Tenemos que aprender a ser responsables y cuidar los huevitos". Entonces, cuando estén dibujadas todas las caritas empezaremos a jugar el juego de la responsabilidad. Se van a quedar quietites en su lugar pase lo que pase. A lo mejor escuchamos mucho ruido afuera, a lo mejor mamá y papá están preocupados por ustedes. Pero si a algune se le rompe el huevito, ¡ay, ay, ay!, tendrá que dibujarlo en el pizarrón y cantar una canción. Sumadas a las voces y los gritos de afuera, comenzaron a escucharse las hélices del helicóptero que regresaba y un minuto después todo el rancho comenzó a vibrar desde los cimientos.

—Tranquiles, niñes. No tengan miedo, ustedes cuiden sus huevitos que nosotres cuidaremos de ustedes.

“No pudo menos que conmoverse con lo efectiva que estaba siendo la ocurrencia de Guaci, ¿verdad, Adelmo?”, fue la pregunta cuando lo entrevisté. “Yo creo que en ese momento ya se había enamorado de la india, ¿verdad?”.

Me conmovió descubrir las caritas tristes de la mayoría de esos niños, las convulsiones de un varoncito que obligó a una docente a tomarlo entre sus brazos para que no se golpeara, los temblores en el cuerpito de otro, que cuidaba que su huevito no se cayera de su cuchara y el rostro amado de Valentina, que sobrellevaba su leucemia con la incierta promesa de su curación.

—El aire revuelto por el helicóptero —repitió Guaci— movió las cortinas a pesar de que las ventanas estaban cerradas. Se mantuvo unos minutos encima de la salita y ya no se escuchaban las voces de los padres ni las de los cuerpos represivos. La sala estaba resquebrajada en varias partes, pero el techo de paja estaba tan bien construido que no sufrió ninguna rotura. Otra preocupación, como si fueran pocas: estábamos seguros de que, si no lo hacía el helicóptero, los padres se ocuparían de las comidas. Por una de las ventanas confirmé que el despliegue policial seguía siendo desmesurado. Seguramente en algún lugar de la ciudad se estaría tramando alguna jugarreta que les permitiera eliminar a Adelmo aunque tuviera a su nieta en brazos. Los hice acostar a todos sobre una alfombra, sin romper la ronda y taparse los oídos con los almohadones de las sillitas con asientos de esterilla.

Ventura comentó cuando lo entrevisté que en algún momento Introini pensó seriamente en la evacuación, en las caritas de los

niños enfermos, sintió que no era justo que tuvieran que soportar las consecuencias de una mala decisión. Sintió culpa. Cuando el helicóptero se movió en dirección a donde estaba la gente amontonada para recibir el aire fresco y arenoso de las hélices poderosas, añadió la opción de que quienes quisieran evacuar podrían hacerlo.

—A mí no me gustó la idea de Adelmo. Lo miré enojada. Imaginé que si los niños y niñas se iban, se echaba por tierra el mito del campo minado y a través de una mira o con drones del tamaño de un mosquito le volarían la cabeza. Aún quedaban opciones de ultimísima generación para liquidarlo, dentro o fuera de la sala del jardín. Casi ninguno de los presentes, salvo unos pocos especialistas de las fuerzas represivas, estaba en conocimiento de que esas opciones habían sido probadas exitosamente en las últimas guerras en Europa, África y Medio Oriente.

—Yo me quedaré con Valentina. Ya estoy jugado.

—Yo me quedo con el abuelo —dijo la niña, mientras rodeaba con sus bracitos su regazo.

Las otras docentes estaban desorientadas, pero entendieron que quedarse era una jugada arriesgada en el campo de batalla que valía la pena intentar.

—Ya lo escucharon al señor Adelmo. A ver, niñes, ¿quieren irse a sus casas o quieren quedarse a jugar?

—Queremos quedarnos. Queremos ver el helicóptero —dijeron.

—¿No tienen miedo?

—Noooooooooo.

—Volví a preguntarles uno por uno, con plena conciencia de que el riesgo era grande y que en definitiva la decisión la tomaría yo sola. Todos movieron la cabeza diciendo que no.

—Yo también quiero quedarme —dijo Norita, con sus dientes injertados entre la nariz y el labio superior y los cachetes inflados como una muñeca de goma.

Adelmo logró aplastar la langosta con el zapato que había mantenido en su mano y lamentó en voz alta no tener un megáfono, para hacerles saber que habría una solución rápida si las autoridades autorizaban que Valentina se quedara con él. Las hélices del helicóptero impedían escuchar lo que el ministro de Seguridad procuraba decir megáfono mediante. Ya habían pasado cinco horas y la tensión nerviosa, pero también la formación rígida de los efectivos que nos rodeaban no les había permitido llegar a esa solución.

—De repente —siguió Guaci—, el helicóptero alzó vuelo en dirección a la ciudad para volver con más provisiones para los efectivos policiales, y Adelmo reflexionó nuevamente sobre la idea de proponer la tregua. Se sentó cerca de los niños y me llamó a su lado. Tenerla tanto tiempo en brazos a Valentina le había hecho sentir el peso de su edad. Unos minutos después, cuidándome de no asomar mi cabeza saqué un brazo con un repasador blanco y lo sacudí hasta que la voz de Ventura se expandió en el aire pidiendo silencio.

—Queremos que venga un mediador. Queremos entregarnos. Les niñes están bien. ¿Con quién estamos hablando?

No hubo forma de contener a las madres y padres en su decisión de eliminar la distancia de cincuenta metros que los separaba del muro que rodeaba el ranchito. Ya habían llegado todos los vecinos del barrio y los padres no escuchaban razones acerca del peligro de cruzar el patio. Del otro lado, a través del megáfono, habían reiterado que la fiscal de turno estaba en el lugar. Esto ayudó a evitar que a cualquier miembro del ETER se le ocurriera disparar. Mientras la jueza de menores y la fiscal discutían con los jerarcas policiales, el forense terciaba para hacerles entender que cuanto más tiempo transcurriera, más complicada sería la evacuación. Y con mucho tino solicitó el envío de, por lo menos, dos ambulancias más, adaptadas para el traslado de niños.

Pasaron varios minutos sin ninguna novedad hasta que escuchamos que estaba regresando el helicóptero, pero antes de su llegada a los niños y a las docentes les pareció percibir voces y ruidos que venían desde el baño. La expresión afable que intentó sostener Adelmo desde el principio se transformó en ofuscación: experto en viejas lides desde su lejana juventud, intuyó que podrían ordenar que trepanaran la barranca sin tener en cuenta lo que todos sabían: que no era posible hacerlo.

—De todos modos pensé —me dijo— que no podrían llegar tan rápido. Esas voces, en todo caso, eran parte del libreto para asustar con algún equipo reproductor de sonidos. No alcanzaría el tiempo para hacer el túnel con cuatro o cinco bomberos con pico y pala. Si

este país hubiese estado en guerra, habrían bombardeado el jardincito, a todos los que estaban del lado de afuera y le habrían echado la culpa a la alianza mapuche-guaraní. Deje constancia de eso, Galópolo, porque uno nunca sabe lo que puede hacer una persona trastornada. Se lo digo por experiencia. Y, últimamente, nos llevamos sorpresas que a mí, por lo menos a mí, me asustan. Pueden hacernos creer cualquier cosa. Por ejemplo, que podría invitar a cenar a mi departamento a un holograma de Marilyn Monroe o al rey de Inglaterra o a Putin. O bien, *in extremis*, armar un pastiche de imágenes con las figuras de Guaci, Janequeo y otras princesas y caciques mapuches y guaraníes, reunidos en alguna cima de la cordillera, la más alta, con nieve y todo, fusiles en bandolera y robots esquiadores, con la testa emplumada y gafas Ray Ban calzadas sobre rostros bien agrestes, endurecidos por el sol y la vida, hablando en tupí o mapudungún o en cualquiera de los dialectos desprendidos de las lenguas madres sobre apoderarse de la Patagonia y la Mesopotamia al mismo tiempo. Para luego arrojar a los blancos al mar, a la deriva, sin sombreros ni sombrillas ni equipos adecuados para soportar cualquier temperatura, sin comida pero con cañas de pescar, eso sí, no era cuestión de ser tan malvados, sin agua dulce pero sí con embudos a compartir cuando lloviera para beber directamente desde el cielo el agua que cayera. Aunque demasiada agua salada tendrían a disposición para hervirla y eliminarle las sales, con chisperos que deberían cuidar para que no se mojaran. Sin radio ni televisión ni celulares ni antena receptora de ninguna de esas ondas, cortas ni largas, ni diarios ni revistas ni libros para leer ni libretas para anotar. Sin baños, a lo sumo con letrinas cavadas sobre la superficie de ese continente trashumante

que eliminaría naturalmente sus desperdicios. A lo sumo con una pantalla, para almacenar un poquito de energía solar. Sin niños y sin bebés, para que no sufrieran lo que sin duda sufrirían sus padres, a la deriva, entonces, sobre témpanos que se irían derritiendo a medida que llegaran al ecuador. Porque para ser malvados, hay que ser indios, a ningún blanco se le ocurriría semejante tortura colectiva.

Diez

Noviembre 2024

Parece que la situación se había complicado. Intentamos acercarnos al conciliábulo del Comité de Crisis, pero fuimos rechazados. Lo intentamos otra vez, con un micrófono direccional y alcanzamos a pescar palabras sueltas. Intentamos conversar con algunas madres, pero más allá de unos pocos monosílabos y mucha bronca solo pudimos saber que la cantidad de niños y niñas oscilaba entre diez y doce.

—Todavía no lo hemos podido confirmar, pero sabemos que hay cinco o seis docentes y entre ellas una india, se dice que mapuche o guaraní. Un verdadero misterio. ¿Qué hace una aborigen en este lugar? Según pudimos escuchar se teme que estén organizando atentados en todo el país, en el contexto de una reivindicación ancestral: la devolución de las tierras de los llamados "pueblos originarios".

Hago una pausa y acercándome a la lente de la filmadora:

—¿Originarios de dónde? Los mapuches son pueblos del norte de Alaska asentados en Chile y los guaraníes no sé si son paraguayos. Los auténticos pueblos originarios de nuestra provincia son los comechingones, los sanavirones y, en el sur de la provincia, los

ranqueles—bajando la voz—. ¡Y están todos extinguidos! Los verdaderamente peligrosos son los mapuches, que tienen armas y se desplazan a caballo por largas extensiones de territorio argentino y por el sur de Chile. Es todo muy raro: hay un terrorista dentro del jardincito y una india que entra y sale cuando quiere. Imprevistamente, no llegaron las provisiones para el almuerzo. Intentaremos obtener algunas palabras de las madres, a quienes lentamente se han ido agregando algunos padres.

—Señora, buenas tardes. ¿Usted podría informarnos…? —No quiere hablar. Se la ve muy enojada y triste—. Señora, buenas tardes. ¿Usted es mamá de alguno de los niños?

Respondió que de un varón y que tenía mucho miedo por su salud. El niño es epiléptico. Está medicado. Parecía que iba a decir algo más, pero le dio la espalda al micrófono.

—Bueno, intentaremos conversar con un papá. Buenas tardes, señor.

—Cuando salga ese tipo de adentro lo agarro a trompadas y lo mato.

—¿Usted lo conoce?

—Es un viejo terrorista.

—¿Quién le dijo que es un terrorista?

—Lo escuché decir a un policía.

—Lo que pasa —dice un hombre de mediana edad que se acerca al micrófono— es que en este país la inseguridad está a la orden del día. No entiendo por qué no sacan el ejército a la calle. Invierten millonadas de dólares en modernizar sus armas, sus trajes, su tecnología y están al pedo todo el día. Los gendarmes por lo menos están en la entrada de las villas, pero los milicos ni siquiera sirven para cuidar una frontera. ¡Déjense de joder! No saben qué hacer, tienen miedo. Mírelos: ahí están, todos los jefes deliberando. Discuten y discuten y no se ponen de acuerdo. Ahora dicen que llamaron a un juez para que dirija él…

—Tiene que intervenir un fiscal.

—¿Sabe qué? ¡Nada de cárcel para ese tipo, directamente el pelotón de fusilamiento! Esta escuelita no tiene que estar acá. Hace tres años les prometieron una sala nueva y nunca se construyó. Se la gastan toda en la pauta publicitaria, en viajes, en orgías, en pintar los cordones de las veredas… No sé cómo aguantan estar ahí. ¡Esto es una pocilga! El año pasado tuvieron que fumigar porque el techo estaba lleno de vinchucas.

Detuve la grabación porque dudé de la veracidad de esa plaga, en ese lugar del planeta no había visto un solo insecto. Ni moscas, salvo la mosca y la langosta que aplastó Adelmo con su zapato. Mientras activaba el grabador bebí un trago de café, ya me estaba bajando modorra. Pregunté de quién era el terreno.

—El terreno es mío. Está dentro de mi campo. ¿Sabe el perjuicio que me ocasionan no dejándome sembrar? Fuera por mí, ya le hubiera pasado la topadora.

—¿Es cierto que todos los niños están enfermos?

—Eso es mentira. ¿De dónde sacó eso?

—Lo escuché acá.

—El que lo dijo es un atorrante que no quiere trabajar. Nos quieren quitar los campos para dárselos a ellos. Nos quieren expropiar, pero no los vamos a dejar. ¡Minga que los vamos a dejar!

—Intentaremos entrevistar a alguno de los jefes que están conduciendo el procedimiento. No, no nos dejan acercar, hay policías por todos lados. Nos están coartando nuestro derecho a informar, a explicarle al televidente lo que está sucediendo en el jardín de infantes. ¡Así no se puede trabajar! Intentaremos de nuevo con el micrófono direccional. Mi nombre es Armando Galópolo. Apenas tenga novedades volveremos a comunicarnos.

El sujeto que decía ser el dueño del campo se me acercó.

—¿Sabe qué pasa? Estos chicos no están enfermos, son subnormales, errores de la naturaleza. No tienen que estar acá. Tienen que estar en una jaula y pasearlos por todo el país. Es un zoológico viviente, un negocio que nadie ha visto todavía. ¿Sabe cuánta gente pagaría por verlos haciendo cochinadas?

—¿Usted pagaría?

—¡Claro que sí! ¿Usted no?

—No.

—Si no tuviera que ocuparme del campo, le pondría un malacate a mi camioneta y los sacaría a pasear en una jaula.

—Las fumigaciones…

—¿Qué fumigaciones? ¿Usted me ve enfermo a mí? ¿Usted me ve enfermo a mí? ¡Son todas mentiras! Nos quieren robar los campos, eso quieren, vagos atorrantes, comunistas de mierda. Si somos ricos es porque nos rompimos el culo laburando, ratas inmundas.

Frente a frente, en la mesa de otro bar, me despaché con comodidad y sin temor a represalias del canal por mi ejercicio libre de la información. Si no los hubiese captado a la distancia, transcripto y descifrado, no aceptaría que nadie lo contara como una escena irreal. Es cierto que no podría identificar a cada uno de los jefes y subjefes urdiendo una trama desorbitada. No supieron manejar los tiempos y perdieron la ocasión de presentar a la sociedad un acto heroico de las fuerzas de seguridad. Lo que leído de otro modo podría haber sido una carnicería. Escuche usted mismo las palabras pronunciadas por el jefe de Policía, mientras manipulaba un *smartphone* de alta gama:

—Ningún niño, ninguna docente deben salir lastimados.

—Eso es imposible.

—El perfil social de la policía se puede dañar. ¿Cómo hacemos después para levantar nuestra imagen?

—No exageremos. Nuestro deber es cumplir con los protocolos.

—En este caso, no hay protocolo.

—Sí hay. Uno solo: cuidar que nadie salga lastimado.

—¿El terrorista tampoco?

—¿Qué está queriendo que diga?

—¿Y si buscamos algún sacerdote que actúe como mediador? El que está en la parroquia más cercana dicen que es "progre" y se lleva muy bien con sus feligreses.

Silencio.

—… respon… noche…

—… los nano…

—No, no, ¿están locos? ¿Cómo vamos a arrojar gases?

—… grrrrrrr… grrrrr… barranca…

El helicóptero demoró bastante, pero a las seis de la tarde bajaron con cuerdas hasta la autobomba cuatro canastas con alimentos y agua como para un aislamiento de tres o cuatro días. La fiscal se había quitado el saco y aflojado el cuello de la camisa. La aguja del termómetro siguió subiendo hasta los 36 grados, en ese lugar la naturaleza se había vuelto impiadosa contra todos los seres vivos. Alrededor del jardín de infantes, había una docena de árboles con las ramas desnudas cuya sombra habría hecho más fácil la permanencia de toda esa gente a la intemperie. Uno de los comisarios, creo que Ventura, le preguntó a la fiscal si le permitía

pedirle a los bomberos que los remojara nuevamente con las mangueras de la autobomba. No le quedaba demasiado espacio para retirarse sin entrar de lleno en una parcela sembrada con soja, por lo que, mientras autorizaba el pedido, se apuró a introducirse en su automóvil. Entonces, Ventura aprovechó para pedirle al piloto del helicóptero que echara otro poco de viento sobre sus cabezas.

La discusión en el Comité de Crisis siguió por senderos altamente confusos en cuanto a propuestas, mientras los megaterios, en ausencia de tuneladoras, insistieron en pedir a la fiscal que les permitiera arremeter con picos y palas contra la barranca. Se habló del volumen de la tierra arcillosa y los escombros y de los camiones que harían falta para retirarlos. Y habría que apuntalar el túnel. Un verdadero intríngulis que los mantenía paralizados. Finalmente, para no verlos inquietos y sudorosos bajo sus trajes amarillos, la fiscal dispuso que hicieran una mínima prueba para certificar que el cálculo realizado por los ingenieros era acertado. El tiempo concedido por la fiscal fue de una hora.

Once

Noviembre 2024

Nadie dudaba de que las fuerzas represivas usaban micrófonos direccionales instalados en drones tan pequeños que parecían colibríes. Les causó gracia mi ocurrencia de que si la naturaleza estuviera funcionando con libertad, esos drones habrían terminado sus días en las garras de las águilas pardas que se habían mudado a otros campos. Ni hablar de las miniaturas. De a ratos, los padres se calmaban como si tomaran aire para seguir despotricando, los bomberos seguían aburriéndose, los megaterios entendieron por fin que debían desistir. La fiscal caminaba de un lado para otro después de tres intentos frustrados de hacer que Adelmo Introini y Guaci se entregaran con las manos en alto. Llegaron a pensar que algo tremendo estarían tramando, alguna reivindicación escandalosa. Les esperaba una dura sesión de interrogatorios según ordenaba el protocolo para delincuentes peligrosos. Ante la falta de resultados se había decidido esperar la noche para avanzar por el patio, que de hecho ya estaba descartado que estuviera minado.

Un asalto relámpago. Un hombre voltearía la puerta de un mazazo y cuatro o cinco entrarían tras él. Todos los jefes policiales habían votado al unísono esa opción, pero la fiscal, convencida de que podría ocurrir una catástrofe por una bala perdida, por el estrés

que sufrirían los niños y las docentes por golpes o forcejeos inesperados, expresó su alegría a viva voz cuando la jueza de menores y el forense, también director del hospital infantil, coincidieron con su negativa. Detrás de un patrullero que apareció abriendo camino, llegó un automóvil particular: a bordo la madre de Valentina y también el padre, ofuscado contra Adelmo por el osado ejercicio filoguerrillero de querer secuestrar a su hija. "¿Con qué fines?", se preguntó a los gritos con el micrófono rozándole la nariz y mirando fijo a la cámara que le apuntaba. "¿Para vender sus órganos?". Los otros padres y madres aprovecharon para atropellar a los policías y llegaron hasta el portón de entrada.

—¿Qué te creés? —continuó arengando Federico, con la mirada fija en el ojo de la filmadora—. ¡Viejo extremista! ¿Querés volver a los 70? Decís que se jugaron la vida para terminar con la dictadura, pero estamos cada vez peor. ¡Adelmo, dejate de joder y entregame la nena!

Dicho esto se abalanzó en dirección al portón, con el rostro desfigurado por el esfuerzo de abrirse paso, pero le impidieron saltarlo entre varios policías y algunos padres que seguían optando por evitar una tragedia.

—¡Adelmo! —se sumó, a gritos, la madre de Valentina, demacrada por el cansancio, con marcas de golpes en el rostro y en los brazos que no había logrado maquillarse a pesar de su deseo—. Esa nena no tiene padre, ¡devolvémela, por favor! ¡Te juro que la voy a proteger con alma y vida, por favor! ¡Va a estar más segura que en un hogar sustituto!

Le hice escuchar a Ventura el inútil forcejeo del hijo de Adelmo contra el portón de reja y los gritos desgarradores de esa mujer contra su marido y su suegro. La jueza de menores, el pediatra forense y la fiscal se acercaron para contenerla. A esa altura de la tarde, ya no entendía nada y creo que nadie entendía, por más que se esforzara, pero de pronto tuve la certeza de que todo lo que estaba ocurriendo fuera de la sala tenía poco que ver con la realidad acuciante del conjunto. Era otra batalla, otra guerra. Hubo un momento en que estaban todos contra todos y nadie quería colaborar con las decisiones que se tomaban.

—Señores comisarios —les dijo la fiscal a los jefes que se acercaron para escucharla, con una voz de mando que se contradecía con su rostro sereno y juvenil—, voy a entrar a la sala con la señora jueza de menores. Les voy a pedir dos cosas: hagan que los padres vuelvan al sitio donde estaban y sáquenme de adentro todos los bichos electrónicos. Actúen sin violencia, con calma, ni se les ocurra lanzarles gases ni balas de goma ni usen las taser si se encabritan. Tienen derecho a protestar. Con urgencia lo de los bichos. ¿Está de acuerdo, doctora Pedrozo?

—De acuerdo —dijo la jueza.

—Doctoras, soy el comisario Velazco. Tenemos información de que debajo de la salita hay un sótano y podríamos…

—Aborte la operación. Es una estructura muy vieja, el piso puede desplomarse.

—El sótano tendría conexión con un canal entubado por donde podrían escapar…

—No se preocupe. Aborte. Actuaremos con rapidez. El doctor Saad me dirá si los niños están en condiciones de ser entregados. Comisario —le dijo a Velazco—, asegúrese de que estén viniendo otras ambulancias. Para los niños y seguramente entre sus hombres habrá alguno desmayado o deshidratado.

—Sí, doctora. También voy a pedir que la autobomba nos eche agua otra vez.

La decepción del jefe del cuerpo de asalto fue compartida por los y las agentes que escucharon la conversación. Daba pena verlos cómo transpiraban bajo el equipamiento que los transformaba en tortugas humanas lentas y torpes.

—Decidan quién va a conducir a la tropa y quién nos va a acompañar. No quiero que nada se nos vaya de las manos. ¿Quién tiene la lista de los niños?

—Yo, doctora —dijo Saad.

—Usted también va a entrar con nosotros —le indicó la fiscal al forense.

—Voy a necesitar camillas. Paramédicos, enfermeras. Alguna de las docentes tendrá que darme una mano para examinar a las niñas.

Cuando abrieron la puerta de la sala para que ingresaran detrás de la fiscal y la jueza de menores, Valentina le preguntó a Guaci si

esos eran los animales que volaban. La fiscal pidió el megáfono y se dirigió a los padres. Pidió cordura y paciencia. Que se mantuvieran a distancia y que los irían llamando de a uno. Cuando Federico se resistió a retirarse fue reducido y conducido hacia uno de los móviles y se lo mantuvo custodiado por una mujer policía que le impedía moverse. No tuvo mejor idea que patear las ópticas del móvil, una puerta y la parrilla delantera de la camioneta, por lo que fue reducido y la fiscal dispuso que se lo mantuviera detenido por daño intencional agravado contra un bien público. Lejos de calmarse, los ánimos de los padres parecieron caldearse cuando un grupo de la Guardia de Infantería los obligó a ubicarse a la distancia dispuesta por la fiscal empujándolos con los escudos.

Ventura estuvo de acuerdo cuando detuve el avance de la grabación. Me sentí mareado, tanto caudal de información había superado mi capacidad de discernir. Ya no estaba seguro de a qué hora habían llegado las funcionarias y el forense, verdaderos artífices de una solución que parecía no caber en la cabeza de nadie más. El sacerdote propuesto como mediador no estaba en su capilla y el que fue ofrecido por el ministro de Seguridad no fue aceptado por Introini. Todos miraban sus relojes. Alguien propuso que debía evaluarse si no sería mejor que cayera la noche y todos se durmieran o se fueran, para intervenir con redes de seguimiento de la más sofisticada ingeniería bélica. Ese alguien dijo haber escuchado que las fuerzas de seguridad disponían de tecnologías capaces de detectar a cualquier personaje involucrado aún lejos del rancho, de seguirlos y tomarlos desprevenidos en sus casas o en la calle o en cualquier lugar con una precisión solo posible con inteligencia artificial.

—Supongamos —dijo el subjefe de Ventura— que el antiguo revolucionario devenido terrorista pudiera evadirse negociando con las funcionarias o por debajo del rancho, si hubiese algún túnel o desagüe o pozo ciego sin fondo que le permitiese llegar hasta el anillo de Circunvalación. ¿Y después? No importa si logra escapar o convence a todos de su inocencia, su destino es morir, sí, morir, ser ejecutado y, si es necesario, junto con su nieta, condenada a muerte por su enfermedad, condenada a no vivir más con su madre ni con su padre por todo lo que escuchó que había sucedido en su propia casa, quién sabe por cuánto tiempo, algo que quizá no saldrá nunca a la luz por esas cuestiones de proteger su identidad y quién sabe si podrá recuperarla, pese al esfuerzo de todos los equipos especializados del mundo.

—¿Usted sabe, comisario —le dijo a Ventura—, que con cualquier dato suyo, un cabello, una gota de saliva o de orina o de sudor o de semen o una lágrima, pueden encontrarlo en cualquier lugar del mundo donde se esconda y ejecutarlo a una distancia de miles de kilómetros? Pueden hacerlo pedacitos y que no quede nada, ni de usted ni de su familia, ni siquiera del edificio que se levante sobre el sótano donde se refugie. Ni un pedazo quedaría o, en todo caso, varios para que alguien los junte y jure que eso era usted y se los lleve a su viuda envueltos en un trapo sucio o en la hoja de un diario con publicidad de un paraíso caribeño.

—Dígame —dirigiéndose a mí—, me gustaría escucharlo, que ya no le interesa envejecer en un planeta que está pidiendo a gritos que se le permita extinguirse antes de devenir en una lluvia de meteoritos, con cientos de miles de kilogramos de chatarra que

contaminarán el mundo y quizás al universo y si hubiese otro universo, a ese otro también, en una cadena interminable que bien podría denominarse como la última pandemia, no deseada como ninguna, persistente, inmune a cualquier esfuerzo por extinguirla, para que algo sobreviva como recuerdo, suvenir o polvo cósmico condenado a mirarse a sí mismo mientras se extingue.

Y mirándome a los ojos, remató:

—¿Qué me dice, Galópolo?

Doce

Noviembre 2024

Guaci acompañó a la fiscal cuando decidió atravesar el portón y se ofreció a guiar a los padres a medida que los fueran mencionando. Cecilia Gastaldi se asomó para atenderla.

—No se arriesgue, doctora —le dijo el jefe de Policía en voz baja —. Esto nos compete a nosotros. Los hombres del ETER y de la Guardia de Infantería estamos preparados …

—Prefiero que usted y su gente permanezcan afuera. Se quedará vigilando que nadie entre ni salga por la puerta o por las ventanas. Le pido, por favor, que actuemos coordinadamente.

Me sorprendió que no hubiera ocurrido una catástrofe, mientras imaginaba la escena de Guaci con la fiscal y, detrás de ellas, encolumnados en fila india, a los autorizados para ingresar. Mientras una parte de la Guardia de Infantería forcejeaba con padres y madres alterados, los del ETER se apostaron nuevamente contra el muro apuntando sus fusiles con láser en dirección a las ventanas de la salita. El piloto del helicóptero decidió aterrizar en una parcela de soja porque no encontró otro lugar para hacerlo y soportó el enojo del productor rural, quien fue obligado a volver, refunfuñando, en dirección a donde estaban los padres. Los megaterios se instalaron

por fin bajo la escasa sombra que proyectaba la autobomba, con sus mamelucos amarillos, los cabellos y las caras como jabonadas con barro arcilloso trepanado en la orilla de un pantano. Yo mismo, con mi cámara al hombro y el movilero del canal de Buenos Aires, tuvimos que alejarnos en dirección a donde estaban los progenitores. Se vivía un momento de gran nerviosismo, por falta de organización, por pensar que era solo llegar, asesinar al presunto delincuente y cada niño con su mamá. Después nos autorizaron a entrar y nos permitieron filmar con el compromiso de que pixelaríamos los rostros de los niños y niñas. Fue complicado para las magistradas y el forense tomar las decisiones que había que tomar. Cada uno en lo suyo, las primeras reacciones fueron de sorpresa.

Adelmo fue intimado a que se alejara de Valentina, pero fue imposible separarlos. Todas las mujeres que lo intentaron recibieron mordiscos, puntapiés y alaridos que hicieron temer por la salud de la criatura. Desde la puerta, Velazco insistía en requisar al delincuente, que un técnico desactivara el explosivo y luego esposarlo para llevárselo al interior de un carro de asalto. La fiscal autorizó al jefe de Policía, junto al experto en explosivos, a que llevaran a Adelmo fuera del rancho. Al verlo, su hijo Federico estalló en un acto de furia incontrolable. Por suerte, la niña estaba a su lado y vio cuando un efectivo del CRE intentaba plantar un arma en un bolsillo del pantalón de su abuelo, maniobra que habría perjudicado su situación: le habrían sumado otra causa. En cambio, el detenido fue el policía embaucador por orden de la fiscal y del propio Ventura, sin que Viola tuviera oportunidad de decir nada.

Algunas madres estaban enfurecidas por el hermetismo en el que se desarrollaba el encuentro con Adelmo, mudas espectadoras de un desenlace que podría ser fatal. *Que podría ser fatal*, repetí para mí. Después se enojaron conmigo en el canal y en la radio, por haber permitido que la entrevista grupal se desmadre. Los padres se alistaban para correr en cuanto gritaran sus apellidos y hablaban entre ellos y repetían que no era posible que la gente de las guerrillas, bla, bla, bla, que no hubiesen pagado por los muertos que dejaron, bla, bla, bla.

—¿Usted qué opina, señora, de lo que dicen estos padres?

—Yo quiero llevarme a mi hija.

—¿Seguirá trayéndola a este jardín?

—Lamento haberla dejado cuando pude habérmela llevado.

—¿Por qué no se la llevó?

—No sabíamos que estaba enferma. Pensé que su retraso era normal y que con el tiempo iba a madurar como los otros chicos.

—Estamos cautivos de una promesa que nunca cumplieron —dijo otra voz femenina—. Este rancho es una tapera, quedó así desde que hicieron este tramo de la circunvalación. Les importó un carajo que abajo hubiera una escuelita.

—Pero por dentro es hermosa —alegó una de las madres más jóvenes—. Las paredes tapizadas con dibujos, muñecas de trapo, aros de básquetbol y un montón de repisas con los huevitos

pintados por los pequeños, que se venden como suvenires y se van renovando todas las semanas. Hay que ver con qué amor cuidan los niños las poquitas cosas que tienen. Y cómo se quieren. Son muy compañeros.

—Bueno —se escucha una quinta voz—, serán especiales, pero no actúan normalmente. Esa india maldita los hace gatear detrás de ella llevando huevos crudos. ¿Qué es eso? Los ha transformado en niños obedientes, eso a mí no me gusta. Para colmo en los recreos, no los dejan salir al patio.

—Está bien que no los dejen.

—Entonces no entiendo por qué los siguen trayendo —apunté.

—No los reciben en ningún otro jardín. Dicen que no hay bancos disponibles.

—No los dejan salir al patio porque los cuidan. ¿No vio cómo está el pasto? ¿Que no quedan árboles? ¿Que los juegos están oxidados?

—Perdónenme, pero no entiendo que no los acepten en otro jardín.

—A ver —dijo una madre con cierta impaciencia—, si están enfermos, hay que cuidarlos. No en todos lados tienen paciencia para entender sus berrinches, sus convulsiones, sus temblores y no soportan la idea de vigilar que no coman nada que no pueden comer. Mi hijo es celíaco y no puede comer harinas. Si come un pedazo de pan o de torta después se va en bosta.

—Estas chicas, las docentes que están todo el tiempo con ellos, tienen ganado el cielo.

—Perdón, ¿por qué los hace gatear esa mujer?

—Es un juego —responde otra madre—. Muchas mujeres no la quieren porque tiene connotaciones sexuales, ¡ja, ja, ja!, pero Guaci les dice: "Vamos a jugar al yacaré". ¡Les encanta ese juego! También juegan al básquet y al fútbol, con pelotas de trapo. Y los integra a los más reacios, inclusive a Agustín. Guaci dice que cuando llegaron los jesuitas los guaraníes ya jugaban al fútbol.

Mientras esperábamos para entrar a la salita, entrevisté a algunos padres y madres que forcejeaban para subir a las ambulancias con sus hijos. Le juro que no puedo imaginar las escenas anteriores, pero las armé en base a las voces y diálogos que alcancé a captar con el micrófono direccional. Mientras tanto, más allá de los muros, el caos no cesaba: la Guardia de Infantería seguía conteniendo a la multitud exaltada a una distancia que se había reducido a unos veinte o veinticinco metros, por sugerencia de ambas magistradas. Contenían sus ansiedades, pero también la decisión de avanzar, pese a todo. Administraban el agua que los bomberos les entregaban para repartir y auxiliaban a quienes se descomponían a causa del calor. La fiscal aceptó la queja del propietario de la parcela sembrada y dispuso que el helicóptero se retirara a su base. Ya no habría más viento para apaciguar el calor ni lluvia de ficción porque los bomberos se empeñaron en cuidar el agua que quedaba. Felizmente, entró en escena la caída de la tarde,

con el sol más parecido a una nube luminosa y una suave brisa del sur que había llegado para quedarse unos días.

Mientras el médico se ocupaba de examinar a los niños, las magistradas se retiraron al patio a parlamentar con Adelmo, quien había sido esposado y obligado a sentarse. Para tranquilizar a todos, Adelmo se abrió la camisa y les mostró los cables conectados al holter que le habían colocado esa mañana.

—Soy cardíaco, doctoras. Del consultorio del cardiólogo, me vine para rescatar a Valentina. Cuando decidan escucharla, verán que tengo razón.

—Acérquese, Cecilia —pidió la fiscal—. Venga, quiero que nos explique por qué pensó que este señor portaba una bomba en su cuerpo.

A medida que Adelmo declaraba informalmente pero con vehemencia sus razones, los adultos volvieron a gritar y a arrojar piedras y otros objetos contundentes que, por la distancia, no llegaban al muro, pero sí a los integrantes del ETER y a la Guardia de Infantería, quienes se protegían con sus escudos y avanzaban en formación temible en dirección a los progenitores y vecinos. La mamá de Valentina logró sortear el vallado humano y su avance fue detenido cuando traspuso el portón desvencijado. Gritaba enloquecida entre los brazos y piernas de dos fornidas mujeres policías que la contuvieron. Rogaba que la dejaran abrazar a su hija, pero, al verla, la niña se apretó con más fuerza a las piernas de su abuelo. Fue en ese momento, cuando se escuchó el disparo de un arma de fuego que venía desde afuera, desde algún lugar no

identificado, lo cual terminó de complicar una trama que parecía una madeja enredada. Dentro del ranchito era otro mundo, reinaba una paz admirable, una tranquilidad obtenida con esfuerzo. Dos mundos distintos en el mismo planeta, en la misma ciudad, donde la furia nunca llegaba hasta ese miserable rancho con paredes de barro y techo de paja, mucho más fresco que la intemperie, sin ventiladores ni aire acondicionado, donde los niños parecían disfrutar de esa especie de abandono de los padres y las madres trabajadores, durante cuatro horas de lunes a viernes. En una de las paredes había fotografías grupales y de cada rostro infantil, algunos sonrientes, otros abstraídos en vaya uno a saber qué lugar del universo cercano, otros serios, con gestos de "a mí no me molesten para una foto". Y también retratos familiares, entre muchos, aparecía el rostro de Valentina sonriente y socialmente amigable de algunos meses atrás. En otra pared, había por lo menos un centenar de dibujos con colores vivos librados a la imaginación individual y cada uno con una firma infantil dibujada por las docentes.

CONCAUSAS, PUNTOS DE CONTACTO

(LÉASE SOLO EN CASO DE INOCENCIA)

Trece

Noviembre 2024

Cuando el forense pidió sus fichas médicas y vio el estado de cada uno de los niños y niñas, reveló preocupación. Estaban pobremente vestidos, algunos con pantaloncitos de jean gastados por el uso, la mayoría con camisas de mangas largas y calzados cuyas suelas eran láminas transparentes. Las nenas con blusitas y polleritas y todos con un delantal de color azul oscuro y bolsillos rojos. No lucían higienizados, aunque sí prolijos. Los niños lo miraban extrañados y seguían atentos el barullo de puertas hacia afuera.

—Doctora, si me autoriza, podría evaluar aquí mismo a estos pequeños. Acá hay niños con leucemia —iba diciendo a medida que leía—, ¡con síndrome de Dravet!, epilepsia, asma…

—Le resumo, doctor —dijo Cecilia Gastaldi—. Tenemos una niña con leucemia, dos con epilepsia, uno celíaco, dos con asma, una niña con malformaciones congénitas y cuatro con distintos problemas neurológicos: síndrome de Dravet, deficiencia cognitiva, retraso en la velocidad del habla y uno autista, diagnosticado como Asperger.

No fue posible separar a Valentina de su abuelo. No dejó que el médico la auscultara y no contestó ninguna pregunta. Adelmo intentó responder por ella e insistió con que no dejaran que el padre ni la madre ingresaran al jardín. Menos, que se la entregaran a ellos. Se acercó al forense y murmuró algo. Estuvieron conversando varios minutos y luego llamó a la jueza de menores y a la fiscal para que se integraran al conversatorio. La historia de esa familia merecía la intervención de la justicia rápidamente. La fiscal habló con su secretario para que dispusiera de inmediato la indagatoria de Federico Introini, pero quedó helada cuando le dijeron que él había sido el autor del disparo contra sí mismo.

El primero que subió a la camilla para ser evaluado fue Agustín. Guaci se ofreció a actuar como ayudante del médico, pero la jueza Pedrozo, que la había observado desempeñarse con solvencia en el ajetreo para evitar que las fuerzas policiales atacaran, sugirió que se hiciera cargo Macarena, porque aunque estaba embarazada y no se había diplomado, estudiaba enfermería. Agustín estuvo dispuesto a colaborar con el interrogatorio. Fue auscultado: estaba con taquicardia, pero no tenía ninguna otra afección particular que reclamara una revisación más exhaustiva. Alto y encorvado, siempre sonriente. Antes de comenzar con los otros diagnósticos, que constaban en cada ficha individual, el doctor Saad pidió entrevistarse con sus padres. Ventura, que no ocultaba su enojo por haber sido engañado con el tema de las minas personales, se ocupó de que uno de los hombres de la Guardia de Infantería invitara a los progenitores de Agustín a ingresar a la sala. Llegaron corriendo, agitados, abriéndose paso entre los integrantes de la fuerza que coparon el patio. Agustín seguía tranquilo. Aceptó sentarse donde le

fue indicado y estuvo atento todo el tiempo. Respondió las preguntas, sonrió cuando se lo pidieron, repitió su nombre, su presión arterial estaba normal y no presentaba lesiones. Su síndrome autista no parecía ser de los más complicados. Había terminado sexto grado y estaba allí porque ambos padres trabajaban y no tenían otro lugar donde dejarlo. No tenía abuelos. Saad les recomendó que al día hábil siguiente lo hicieran controlar con su médico de cabecera. Les sugirió que lo hicieran bañarse y, como en su casa tenían bañera, que el baño fuera de inmersión.

Por razones de un orden lógico, luego de que la fiscal y la jueza de menores conversaran con Adelmo, bajo la atenta mirada de Ventura y del jefe de Policía, Valentina fue la segunda entrevistada, en presencia de su abuelo esposado. Accedió a desprenderse de sus piernas para que Saad le hiciera preguntas explícitamente sobre su enfermedad, sin inmiscuirse en las razones que había tenido su abuelo para arriesgar su vida por ella. A pesar de su corta edad entendía perfectamente los riesgos presentes y futuros de su leucemia linfocítica aguda. Fiebre constante, sudor por las noches, hematomas o sangrado sin causa aparente, infecciones a repetición, fatiga, pérdida de peso y dolores en los huesos.

—No puede prevenirse —explicó el médico en voz alta—. Es importante detectarla a tiempo. Es un tipo de cáncer que ataca los glóbulos blancos. Pero algunas leucemias son curables. Los síntomas son indeterminados y el tratamiento correcto es la quimioterapia. Posiblemente, más adelante, se estimará necesario o no un trasplante de médula ósea para reemplazar la enferma por la de un donante sano.

—Cuando la familia estaba integrada —respondió Adelmo a la pregunta de la fiscal—, se hablaba del tema, pero al parecer la única médula compatible era la de su padre.

—Valentina debía ser internada hoy, ¿verdad? ¿Quién la va a acompañar?

—Yo podría hacerlo. No hay nadie más en la familia.

—Pero usted va a quedar detenido.

—¿Podrá disponer usted de ese tiempo, señora directora?

—Prefiero que venga Guaci.

—¿Por qué, Vale? ¿Por qué la elegiste?

—Porque canta lindo.

A Saad, le pareció razonable y así partió la ambulancia en dirección al hospital de niños. A bordo iban la niña, la joven guaraní y una custodia femenina, ya que Guaci sería interrogada en las próximas horas por la supuesta complicidad con Adelmo. Mientras tanto la jueza de menores resolvería a la mayor brevedad lo relativo a la custodia de Valentina.

—¿Y la médula?

—Habrá que buscar otro donante.

Catorce

Noviembre 2024

Susanita. Doce años. También, como Agustín. Padecía epilepsia, con un tratamiento adecuado que aliviaba sus convulsiones. A veces debía soportar episodios de pérdida de atención que duraban apenas segundos o unos pocos minutos. El padre albañil, la mamá empleada doméstica en un barrio de clase media del otro lado de la avenida de Circunvalación. Se movilizaban en bicicletas y la niña era recogida todos los días por el padre. Hija única. Había tenido una hermanita, Juliana, con un síndrome cerebral agudo que la incapacitaba totalmente y que había fallecido a los cuatro años. Mientras vivió, estuvo siempre en brazos de su madre. Saad optó por entregar a Susanita con la condición de que no la llevaran a casa en bicicleta y que consultaran con su médico al día siguiente. Para ello, le pidió a Ventura que se ocupara del traslado de todos en alguno de los patrulleros disponibles. También le pidió que se ocupara de las bicicletas, que llegaran en perfecto estado al domicilio de la familia.

Marco, enfermo de epilepsia, con convulsiones focales y alteración de la conciencia. Miraba al forense fijamente, no respondía sus preguntas y se frotaba continuamente las manos. Se bajó de la camilla y comenzó a caminar en círculos hasta que fue contenido por sus padres. Saad recomendó que lo llevaran al

hospital para verificar que no padecía otros trastornos neurológicos, como migraña, narcolepsia u otro deterioro mental. Como los padres se negaron a que lo trasladaran solo, decidieron que la madre lo acompañaría en una ambulancia y el padre los seguiría en su Fiat Uno destartalado, con las cubiertas lisas y una gran humareda con la que su caño de escape envenenaba el ambiente.

Ernesto. Celíaco. Padecía náuseas y vómitos, diarrea crónica y, a veces, también estreñimiento. Siempre con la pancita hinchada y muchos gases. Esa incapacidad para absorber los nutrientes necesarios había causado un retraso en su desarrollo: poco peso y baja estatura. Algunas veces, llegaba muy irritable y se calmaba solo cuando Guaci cantaba. Tenía algunos problemas para coordinar sus movimientos y vestigios de neuropatía periférica en los pies y las manos. El forense opinó que no era necesario derivarlo al hospital, pero que requería un control inmediato del médico de su servicio mutual.

Habían llegado dos ambulancias más para las derivaciones y, de esa manera, quedaban cubiertas las necesidades de traslado. Salvador y Hebe fueron los siguientes. Ambos con asma bronquial crónica por la inflamación de las vías aéreas. Con tos sibilina, falta de aire, ahogo, rigidez en el pecho, desencadenadas por los agentes alérgenos de los agrotóxicos diseminados en el polen, el polvo, la caspa de los animales, el moho. Dijo Saad que también pueden ser desencadenantes el humo del tabaco —ambos padres son fumadores—, los cambios en el clima, las infecciones respiratorias y el estrés. Al ver que tenían los labios morados, ordenó el traslado de ambos al hospital.

Norita, de cuatro años, presentaba malformaciones en la cara y en sus miembros superiores desde el nacimiento. Los dos incisivos parecían crecer desde su nariz, tenía los labios hinchados a su alrededor y los cachetes mofletudos; parecía una muñequita de goma con clarísimos ojos celestes. Emitía sonidos guturales, tenía los bracitos apenas desarrollados hasta la mitad de su tamaño normal. Daba la impresión de que siempre estaba sonriendo y se comunicaba fácilmente cuando algo la complacía. Sus padres también estaban enfermos, habían estado mucho tiempo expuestos a las fumigaciones y no disponían de medios económicos para recibir tratamientos adecuados. Eran propietarios de un carro de reparto tirado por un caballo. Saad dispuso que fueran todos juntos al hospital de clínicas para una atención especializada, escoltados por un patrullero.

Adolfo, Belén y Benjamín padecían severos trastornos neurológicos. Adolfo estaba siempre con la boca abierta, babeando, con la mirada perdida y, gracias al esfuerzo de sus padres, intentaba dar unos pasos hacia adelante, pero no podía retroceder. No superaría jamás su déficit cognitivo. Luego de varios meses de intenso trabajo y tras una operación para colocarle un botón gástrico, Belén había logrado sostener su tronco, su cabeza y se alimentaba por vía oral. Según consta en su ficha, tiene un gran apetito y cada vez sonríe más. Belén difícilmente recuperaría su atraso en el habla aunque parecía una niña feliz. Sus padres eran peones rurales, en algún tiempo fueron banderilleros e indicaban los sitios en donde el avión debía fumigar, sin ningún tipo de protección. Con escasos ingresos, vivían en una casa que apenas podía tenerse en pie, sin otros servicios más que luz. Daba miedo verlos,

raquíticos, arrugados y quemados por la constante exposición al sol. Se las arreglaban vendiendo verdura orgánica cultivada por el padre de Norita, el mismo que le había acercado su megáfono a Ventura mientras intentaba que sus órdenes fueran escuchadas por encima del barullo humano y las alas del helicóptero posado bajo el cielo del rancho.

Benjamín, el último de los niños, hermoso y tranquilo, padecía síndrome de Dravet. Solía tener decenas de convulsiones al día, algunas de las cuales, si eran prolongadas, podían ser mortales. También, tenía dificultades de conducta, retraso en el desarrollo y caminata inestable. Presentaba un leve progreso beneficiado por el marco adaptado que le daban las docentes, además de una reeducación funcional y ayudas técnicas permanentes que procuraban sus padres gracias al servicio mutual de un sindicato.

Quince

Noviembre 2024

Versión libre del encuentro y acuerdo entre Guaci y Adelmo Introini.

—¿Por qué me sigue?

—Soy abuelo de Valentina. Necesito hablar con usted.

Erguida y desafiante, parecía más alta. El rostro moreno y duro no era el que yo esperaba encontrar, pero me alivió su pregunta, más amable que un simple "¿qué anda buscando?" que me habría costado remontar.

—¿Aceptaría tomar algo mientras le cuento?

Había estudiado su recorrido pausado desde su casa (dije su casa porque la vi salir siempre del mismo lugar). Era una vivienda antigua que tenía una puerta de madera alta, de dos hojas, reja labrada, sobre un escalón de mármol gastado y vidrio esmerilado con el paisaje de un nido de cigüeñas, que se abría hacia un jol donde desembocaban tres puertas internas tan antiguas como la de la calle. La seguí durante cuatro días hasta la feria del barrio, a unos cien metros sobre la misma vereda de esa casa, en la esquina, con

locales repletos de verdura, ropa, calzados, artesanías y artículos de limpieza. Se detenía y yo la observaba cuando curioseaba en los escaparates de artesanías con cuero. Más bien la admiraba. Era increíble cómo su figura se apreciaba desde lejos no solo por su estatura, sino por su cadencia al caminar como esparciendo perfume por los pasillos de la feria, también por su simpatía en el trato con las vendedoras, casi todas mujeres, especialmente las de mayor edad, quienes estrechaban sus manos con un cariño especial. Las veces que la había visto lucía elegantes vestidos de lino muy coloridos: rojo intenso, amarillos, verdes y azules, con escotes muy discretos bordados con ñandutí, generalmente, sujetos con tiras que resaltaban su espalda ancha y brazos fuertes de trabajadora rural. Recorrí varias verdulerías y compré unos duraznos priscos para simular. También, compré una boina de color rojo, un antojo que me acompañaba desde la lejana Córdoba de Andalucía, la de la mezquita, donde había vivido con mis parejas, hasta que regresé a la Córdoba de la Nueva Andalucía.

No sé si el instinto o la casualidad de que volteara la cabeza y captara mi presencia la inquietó y trató de despistarme, hasta que de pronto nos encontramos cara a cara. Había decidido enfrentarme y eso me gustó.

—Valentina, mi nieta. Está en peligro.

Guaci se asustó. En una esquina del mercado, había un pequeño barcito donde desayunaban y merendaban los empleados de las tiendas y ocasionales visitantes.

—¿Por la leucemia?

—No.

Estuvimos observándonos en silencio hasta que nos atendieron. Era una mujer de unos treinta y siete años. Le conté parte de mi vida. Del tercer matrimonio y mi hijo Federico, quien tomó partido a favor de la madre cuando la relación comenzó a tambalear. Por suerte, dejó la droga a raíz de un espasmo coronario que lo obligó a optar por otros consumos, como el alcohol. Guaci estaba mucho más relajada y amable que al principio del encuentro. Grandes ojos negros, dientes blanquísimos y cabellera ondulada casi hasta la cintura, una estatura superior a la de los tupí (alguna otra raza debió de andar merodeando en sus ancestros) hacían de ella una mujer que llamaba mucho la atención. En medio de tanta pobreza, su pobreza destacaba por su voz y su elegancia.

—Le voy a contar una historia que se completa con lo que me contó mi nieta en estos días, en una plaza, donde la encontré por casualidad en compañía de su madre. ¿Me sigue? Federico conoció a la mamá de Valentina y por un tiempo parecía que las cosas iban bien. De buena formación intelectual, los dos, intentaron varios trabajos menores hasta que mi hijo comenzó a timbear y a perder todo lo que ganaba en transacciones poco claras, a favor de clientes que le prometieron un futuro cercano de riqueza y bienestar. Financistas les dicen, atorrantes que esquilman a sus clientes y les cobran por las malas hasta el último centavo. Comenzó también a frecuentar mujeres "de negocios", haciéndole creer a mi nuera que sus relaciones eran solo transacciones inmobiliarias. En realidad, daba rienda suelta a su problema psicológico de hiperactividad sexual, que lo volvió irascible y violento contra su esposa. Ella lo

abandonó varias veces, hasta que un día la buscó, la llevó a un hotel, la violó y quedó embarazada de Valentina.

—¿La niña sabe?

—No sabe. El matrimonio siguió de mal en peor. De vivir en un *housing* carísimo con piscina y todos los servicios pasaron a un departamento lujoso y de ahí a una modesta casita en el barrio debajo de la avenida de Circunvalación, mientras penaba por un trabajo del que no lo despidieran por incumplidor y mentiroso. Su necesidad permanente de tener sexo como fuera, donde fuera y con quien fuera, de mantener los costos de un automóvil mediano y económico que le permitiera seguir cometiendo sus fechorías, hizo peligrar la vida de todos, incluso la de él. A duras penas Claudia se las ingenió para heredar de una tía solterona la casa donde siguen viviendo en la actualidad.

Me detuve esperando la reacción de Guaci.

—Cuénteme algo de usted —le dije, para romper el silencio—. Al menos dígame su nombre.

—Mis padres me bautizaron Guaci.

—¿Qué significa?

—Era el nombre de una princesa guaraní. Siglo quince o dieciséis. Una guerrera.

—Extraño. Nunca escuché ese nombre.

—No es común. Cuénteme usted, de una vez, lo que quiere contarme. Tengo prisa.

Acerqué mi silla a la de ella y no se molestó. Entendió que quería hablarle en voz baja, en susurros, al oído, de un tema escalofriante. A medida que avanzaba en el relato se dibujaba en su rostro un gesto de asombro. Terminó agobiada por el llanto contenido.

—¿Usted qué quiere que yo haga?

—Ayúdeme a sacarla del jardín. Iré a buscarla y si ella quiere acompañarme, ayúdeme.

—¿Por qué me lo pide a mí?

—Cada vez que logro verla, Valentina me habla de usted. La quiere mucho. Seguramente la jueza de menores no la entregará a los padres. Usted podría pedirla en adopción.

—Soy soltera. Creo que buscan matrimonios consolidados.

—Yo soy divorciado y viejo. Entre usted y yo, preferirán que vaya con usted, si está dispuesta.

Primero dudó. No estaba convencida de poder hacerlo. Solo se comprometió a dejarme entrar y a pedirle a la directora que accediera. No más que eso.

—El viernes mi cardiólogo me va a colocar un holter. Es el último día de clase. Mi turno es a las 9, tengo tiempo de sobra para llegar al jardín antes de las 12.

Era la única y última oportunidad. Intenté besar su mejilla pero dio un paso atrás y me extendió su mano derecha. Linda manera, elegante, de despedirse y pararme en seco. La acompañé un par de cuadras y le ofrecí acercarla en auto.

—Mejor que no nos vean juntos.

La vi alejarse con una excitación imprevista. Me asaltó la idea de que Guaci podía reflexionar y decirme, finalmente, que no contaría con ella. Ya no me quedaba tiempo para buscar otra alternativa.

Dieciséis

Noviembre 2024

—¿Qué significa *guau guau guau*?

—Perro que ladra.

—Pero qué significa en guaraní.

—Hmmm… Supongamos que están hablando de un personaje cuyo nombre de guerra es el Perro.

—Yo sé que en Paraguay se le dice "perro" a una persona despreciable.

—¿No hay nadie que hable guaraní en nuestro equipo de traductores?

—No, señor.

—Ventura, envíe un patrullero a una villa de emergencia para que nos traiga un paraguayo.

—¿Y si recurrimos al Instituto de Lenguas Indígenas?

—¿Dónde queda eso?

—Cerca del centro.

—¿Tenemos tiempo? Sé que contamos con traductores de ruso, chino, inglés, alemán, coreano… que yo sepa no tenemos de ninguna lengua autóctona. Deberíamos, nunca se sabe por dónde va a atacar el enemigo.

—Yo conozco muy pocas palabras. *Che jagua oñarô* es algo así como "bestia salvaje". Estarán hablando de alguien a quien le dicen el Perro y es muy peligroso.

—¿Está grabada la canción?

—Hmmmm… Sí, señor, pero las voces de los niños la vuelven inentendible.

—Bien, encárguese de que la descifren. Ubique también a alguien del instituto para que nos dé una mano.

—¿Mando el patrullero a la villa?

—Por supuesto, Ventura, por supuesto.

—¿Alguien sabe qué hora es?

—Las dos de la tarde.

—¿Temperatura?

—39 grados.

Las voces llegaban mezcladas al carro blindado de la brigada judicial de investigaciones y era difícil pescar una palabra completa e identificar quién hablaba. Solo la voz de la india, de quien apenas sabíamos su nombre y apellido, se reconocía sobre las de los niños y de las otras docentes. Unos minutos después, alguien trajo al carro de inteligencia un folleto enviado por WhatsApp desde el Instituto de Lenguas Indígenas que decía lo siguiente:

El grupo lingüístico tupí-guaraní está formado por nueve ramas diferentes, de las cuales, los pueblos guaraníes (subgrupo I) constituyen uno de los principales grupos. Los tupíes constituyen el subgrupo III, y entre sus lenguas están: tupinambá, tupikinin, tupí (propiamente dicho), potiguára, omagua (con dialectos como el aizuare, curacirari, paguana), y el cocama-cocamilla.

Este enigma no era apropiado para los lentos cerebros acostumbrados a perseguir delincuentes de poca monta. Alguien ya lo ha dicho, lo que ocurre dentro del rancho no tiene nada que ver con lo que ocurre fuera. "Somos pocos y apareció una paraguaya", se escuchó decir con fastidio entre los policías de la Guardia de Infantería. Una hora después volvió el patrullero del CRE conducido por el novato Sánchez con un muchachito paraguayo de no más de quince años, que de tan asustado, se orinó. Ventura intentó ser paternal como puede serlo un jabalí con una laucha, le ofreció agua y lo llevó a guarecerse bajo la única sombra cercana a la autobomba. Le entregó un papel en el que estaban garabateadas algunas palabras de la canción infantil.

—¿Es tupí o guaraní?

El chico no supo responder. Dudó. Miró y repasó los garabatos y comenzó a traspirar.

—¿Qué pasa?

Nos devolvió el papel y dijo que no sabía leer. Sánchez se ofuscó y se deshizo en insultos hacia lo que hacía la estupidez con la gente, pero Ventura intentó otro camino.

—¿Vas a la escuela?

—Sí.

—¿No aprendiste a leer?

—Sí.

—¿Y por qué no entendés?

—No entiendo el guaraní.

Sánchez intentó explicar que cuando el patrullero ingresó a la villa, la gente salió corriendo y solo pudo capturar a ese chico de estatura baja, muy delgado, que tropezó con la raíz de un árbol. Le ofrecieron más agua, esperaron que recuperara el resuello y Ventura volvió a la carga.

—¿Ni una sola palabra?

Tomó el papel.

—Poco. Habla de un perro que tiene hambre. Que es bueno, que es blanco y tiene miedo.

Eso fue todo.

—¿No te recuerda a una canción?

—Sí, es una canción.

—¿No recordás qué dice?

—Yo era chico y la cantaba mi maestra. Ella sí hablaba guaraní.

—¿Sabés dónde está ahora?

—Sí, se fue a pasear.

—¿A dónde?

—A su casa.

No encontraron a nadie en el Instituto de Lenguas Indígenas. Ya se habían retirado todos. No atendieron el teléfono.

—Llévelo, Sánchez, déjelo donde lo encontró.

—¿Traigo otro?

Le dijo que no con la cabeza. Echó un trago de su petaca en la garganta y se golpeó la frente varias veces.

—A ver, que alguien se comunique con el Consulado de Paraguay. Esta no puede fallar.

—Todo habría sido más fácil si el terrorista no hubiera sido un viejo guerrillero de los años 70 que vivía en el anonimato, sino un topo de una ideología más activa en los estándares internacionales de la política. Pensé —dijo Ventura— que estábamos perdiendo un tiempo precioso. ¿Quién dice que esto no es una bomba pero de humo, para tenernos distraídos mientras allá, en la ciudad, se cometen atentados contra los bancos o las financieras o las bolsas de dinero clandestinas y nadie sale a perseguir a los delincuentes? En ese caso, ¿se dirá alguna vez que alrededor de una tapera con media docena de niños se estacionaron varios móviles del CRE, del ETER, de la brigada antiexplosivos, la Guardia de Infantería, bomberos, el jefe de Policía, el forense, una jueza de menores y una fiscal, para tomarla por asalto en algún momento y aniquilar al viejo guerrillero que supuestamente portaba una bomba, en un jardín de infantes al que concurría su única nieta enferma de leucemia? A partir de ese momento comencé a sentirme incómodo. Sentí que ya estaba en condiciones de pedir una carpeta médica y esperar el retiro, sentado en una reposera en la galería de un hotel serrano con una buena compañía.

Diecisiete

Mayo 2025

Además de lo ocurrido con Adelmo, la fiscal tenía que acumular pruebas suficientes para poder atribuir los delitos de peligro al propietario rural y al conductor del avión con el que fumigaba su propiedad, que, despojada ya de la miserable secuela de otro siglo que estorbaba la visión desde el aire, solo quedaría como prueba viviente en las historias clínicas de los niños. Eran dos causas en una que, oportunamente, serían desglosadas por su diversidad, que se tocaban en un punto y es al que refiere esta historia. Necesitaba testimonios científicos serios y por eso había convocado al forense Martín Saad, a un equipo de agrónomos de la universidad nacional, a un laboratorio especializado en las consecuencias de los agrotóxicos en niños y en adultos humanos, por contacto directo o indirecto. Paralelamente, inició la investigación por la muerte de Federico Introini, para la cual había citado a declarar a la agente de la Guardia de Infantería, Rocío Abrate.

Por último, entendía, también, en la causa penal iniciada contra Claudia Perano por los delitos de corrupción y encubrimiento. Se interesó por el destino de Valentina, quien luego de estar al cuidado de Guaci mientras avanzaba el pedido de custodia presentado por Adelmo, finalmente fue entregada al abuelo por la doctora Maite

Pedroso con una tenencia provisoria. Además de tener un buen ingreso, el exguerrillero vivía en un departamento amplio y cómodo y aunque hasta ese momento no había formalizado una pareja, había recuperado su reputación como persona que vivía definitivamente dentro de la ley. En su defecto, Guaci, aunque era soltera y vivía sola, se había ofrecido a adoptarla, con lo cual la niña estuvo de acuerdo pero con una condición: que se casara con su abuelo.

—¿Cómo afectaron los agrotóxicos el embarazo de Macarena?

—¡A Dios gracias, no padeció mayores consecuencias! —dijo la fiscal—. Su obstetra decidió adelantar el parto. La criatura nació bien en el octavo mes. Los padres lo bautizaron Octavio.

—Hay otra imputación…

—Contra el productor sojero que había fumigado centenares de veces sobre la escuela y no había sido perseguido como corresponde. Acabo de agregar daño cometido con dolo agravado a la imputación original. Espero que sobre él y el piloto caiga como debe ser el peso de la ley.

—¿Podría contarnos cómo avanzan esas causas?

—Prefiero que no, porque todavía estamos bajo secreto de sumario. Pero si usted estuvo en el lugar de los hechos, tendría que darse cuenta.

—Prefiero no adivinar.

Gentilmente, me entregó un borrador sobre la calificación original que había propuesto contra ambos: autores penalmente responsables del delito previsto por la Ley de Residuos Peligrosos N° 24.051, en forma continuada. A pesar de la gravedad, la fiscal estimaba que la pena sería mínima y en forma de ejecución condicional. Pero podían aplicarse adicionales que implicaban reglas de conducta y realizar trabajos no remunerados fuera de sus horarios laborales. El cumplimiento de esta última imposición debería acreditarse en forma mensual.

—Bastante poco.

La fiscal levantó los hombros y abrió los brazos.

La doctora Maite Pedrozo estuvo dispuesta a conversar de muchos temas con la precaución de no aventurar un futuro para Valentina.

—Todo dependerá del vínculo con sus padres adoptivos, de la capacidad de separarse de un pasado pesado —así dijo, "pasado pesado"— que será recurrente, en la medida que entre todos logren levantar una valla que la ayude a despreciar primero y abandonar después ese recuerdo.

—¿Le ayudaría tener una hermanita?

—Es posible que Valentina no llegue a tener hermanos.

—¿Cómo será el recuerdo de su padre?

—Traumático. Por suerte su abuelo y su nueva pareja estarán con ella y su leucemia no es tan agresiva. Está muy bien con el tratamiento médico. Se la ve feliz.

—¿Cuál es su mayor preocupación?

Tardó unos segundos en responder, como si no estuviera segura. Se miró las manos, las uñas pintadas, suspiró dos veces.

—Me preocupa cómo será el espacio narrativo en ese hogar. Las adicciones de la niña, no digo a las drogas pero sí, por ejemplo, a la ludopatía, a los juegos electrónicos, al intercambio con sus compañeritos de colegio. Esa nena comienza de cero a los seis años.

—¿Qué pasará con los recuerdos de los días confinados por la pandemia?

—Aunque no conozco la trama completa, me animo a afirmar que podrá superarlos con la ayuda de su abuelo. Y, especialmente, de Guaci.

—¿Qué será de su madre?

—Seguramente, será condenada.

—¿Fue la niña al sepelio de su padre?

—No.

—¿Y la madre?

—Tampoco. Estaba en estado de shock. El abuelo de la nena sí, lo llevaron esposado y con custodia.

—¿Solo la pandemia y el encierro llevaron a que sucediera lo que sucedió?

—Es posible que entre Federico y Valentina haya existido una relación horizontal y no vertical. El padre utilizó el abandono de su autoridad para manejar la relación fuera de cauce con la mamá.

—¿Por qué?

—Al abandonar su narcisismo, para no ejercer su autoridad como padre, Valentina dejó de ser la hija para ser su amiga y eso llevó a la nena a sufrir, primero, y luego, a rechazar, los tocamientos, los besos, hasta que enfermó de leucemia y comenzó el alejamiento, alentado por su madre, que intentó recuperar el espacio que había perdido al tolerar esas situaciones. Si hay pruebas suficientes, a Claudia le impondrán una condena severa y la alejarán para siempre de su hija.

—¿Qué consecuencias puede traerle a la nena?

—No sabemos.

—¿La justicia tiene que controlar ese crecimiento?

—Veremos, cuando llegue a la adolescencia. Si ha podido superar ese atentado a su integridad, material como simbólica, eso le permitirá mantener relaciones sexuales maduras con sus pares, cuando aparezcan la atracción y el deseo.

Dieciocho

Noviembre 2024

No fue fácil encontrar al verdadero cónsul paraguayo en su residencia ni en el Consulado, que solo funcionaba un par de horas por día, ni en la oficina de su empresa acopiadora de yerba en las afueras de la ciudad. El personal de Inteligencia de la Policía provincial debió de echar mano a más de trescientos datos cruzados que permitieron ubicar el paradero de un sujeto en un lujoso hotel en el Valle de Traslasierra con una señorita que presumía de ser su secretaria. El falso cónsul en realidad era un empleado que había usurpado el título del verdadero durante una ausencia breve a la ciudad de Asunción. Lo encontraron en un momento poco apropiado para hacerle una requisa urgente, por lo que, luego de pensar en la conveniencia de utilizar sus servicios, se optó por consultarle primero si hablaba guaraní o tupí. Por suerte, el farsante hablaba a la perfección el guaraní. Se lo llevó a un apartado del hotel, se tomaron sus datos personales y se lo sometió a la lectura de la letra de la canción infantil que había sido grabada con un equipo ineficaz para limpiar el barullo de los niños.

Todo contribuye a que las cosas sucedan de determinada manera. Todo. La imaginación tortuosa de un servidor público metido en el uniforme de un policía movilizó a otro centenar de

personas que salieron a perseguir al usurpador de un título cuasi nobiliario. La red de interconexión se dibujó en las pantallas de las computadoras dentro del blindado. En unos pocos minutos, estuvo diseñado el mapa de puntitos rojos y amarillos con la trayectoria reciente del cónsul y, muy rápidamente, la del usurpador del título, sobre quien recayó el peso de la persecución al detectarse que el cónsul, tal como lo había informado a su secretario antes de partir, fue localizado en su residencia habitual en la ciudad de Asunción. Entonces, el comisario Heber Contreras se dispuso a trabajar simultáneamente con ambos. Con uno, el que estaba en su residencia, la voz autorizada de quien debía esperarse la respuesta correcta, sobre el tema crucial del posible complot mapuche-guaraní para recuperar por la fuerza unos cuantos miles de kilómetros cuadrados considerados como "tierra sagrada". Y con el otro, el bon vivant que disfrutaba de un fogoso encuentro tan íntimo como clandestino, sobre el texto a duras penas recuperado en la voz de Guaci y el coro de niños que la acompañaba. En realidad, apenas lo vio en la pantalla de una computadora, semidesnudo y atemorizado por el inexplicable despliegue policial, el comisario Contreras cayó en la sospecha de que por esa vía estarían trabajando sobre una pista por lo menos falsa.

El jefe de Policía conversó amablemente con el cónsul verdadero sobre el tema del complot. Ventura tuvo acceso a la conversación grabada dentro del móvil blindado. Al saludo protocolar, siguió un amable intercambio de opiniones intrascendentes sobre el clima social en el país vecino y algunos aspectos históricos de la resistencia guaraní a los primeros evangelizadores en el siglo XVI.

—¿Guaci? ¿Usted me pregunta sobre la existencia de esa princesa guerrera? No entiendo. ¿Qué tiene que ver esa figura popular, cuya existencia y valentía pertenecen a la leyenda más que a la historia, con esa mujer joven, abnegada con los niños, de la que usted me habla?

—Queremos informarnos, señor cónsul, por qué cree usted que esta mujer se hace llamar así. Tengo entendido que su nombre no figura en los padrones electorales del Paraguay.

—Es posible. Quizá se trate de un error de fonética o gramática. Sobre ese tema, no puedo informarle sin hacer una investigación. Desde ya le digo que Guaci, la princesa legendaria, es muy popular entre los jóvenes de mi país, así como es popular la princesa mapuche Janequeo entre los jóvenes chilenos. Habrá visto que se ha convertido en un símbolo de lucha en los últimos disturbios en Santiago. Centenares de camisetas negras con su imagen estampada que imitan a la Mujer Maravilla, pero de ahí, a que haya una conspiración, no le veo sentido, a no ser que a esas dos figuras femeninas se agregue la de una actual lideresa argentina, que fue dos veces presidenta y una vez vicepresidenta, a la que aman y detestan por igual y se conforme así una triada peligrosa.

Nuevamente silencio en ambos extremos de la línea.

—Hola.

—Estoy pensando —respondió Contreras—. Y la verdad, tengo la impresión de que el tema me excede. Le agradezco muchísimo su colaboración, señor cónsul.

—Al contrario. ¿Y qué van a hacer con el malandra que usurpó mi cargo?

—Por el momento, se ha prestado a colaborar.

Ventura creyó entrever que el futuro titular del CRE cuando él se jubilara podría desatar o adherir a una persecución xenófoba que incluiría peligrosamente a las comunidades extranjeras más numerosas asentadas en Argentina: las provenientes de países limítrofes como Bolivia, Paraguay y Chile y en tercer o cuarto lugar, la de los mandarines, como graciosamente se les dice a los ciudadanos chinos.

—¿En qué piensa, comisario? —preguntó Viola.

Antes de responder Ventura encendió un cigarrillo. Hizo un esfuerzo por no tragar el humo y dijo:

—En la conjura mapuche-guaraní.

—¿Y qué le parece?

—¿Sabe qué? Estoy viendo chinos por todos lados. Creo que por ahí tenemos que investigar.

Diecinueve

Noviembre 2024

Encargué a Viola que se ocupara de recuperar la traducción, si no de todo el contenido, al menos de algunas palabras sospechosas. Parecía increíble que con más de nueve millones de personas que hablan el guaraní o alguno de sus dialectos nos diera tanto trabajo encontrar uno entre los miles de paraguayos, correntinos, formoseños, entrerrianos y chaqueños que viven en la capital cordobesa. Haber encontrado al farsante nos sirvió realmente, aunque al principio los resultados no fueron más que un dolor de cabeza para los equipos de inteligencia del ETER, que se habían limitado a escuchar unas ciento cincuenta veces el canto de Guaci acompañada por los niños. Mientras se desarrollaba una de tantas batallas campales con las madres y demás parientes de los niños, a duras penas contenidas por los mediadores, los expertos en escuchas lograron ir armando un posible itinerario de significados que les permitiría arribar al contenido del texto. Porque Viola todavía estaba en condiciones de afirmar que se trataba de un mensaje dirigido a otros que no eran, definitivamente, los niños. Pensó en topos de grupos terroristas que se activan ante una señal de ataque, relacionados con algunos de los conflictos internacionales vigentes en los que el gobierno de Argentina intentaba inmiscuirse. Y un dato interesante para tener en cuenta: la mayoría de los integrantes de

los distintos equipos movilizados renegaba de obedecer mansamente las directivas de un par de mujeres que no tenían ninguna experiencia en reducir terroristas.

Cada uno en lo suyo, vía Meet, sometimos al falso cónsul el presunto contenido de la canción infantil. Le advertimos al sujeto, de cuyo nombre no puedo acordarme, que necesitábamos su aporte, sin darle explicaciones. Pasando por encima de los expertos en criptografías, Viola comentó en voz alta, para que escuchara el usurpador, que sospechábamos de la existencia de un mensaje encriptado entre las palabras aparentemente simples. Le hicimos escuchar la grabación tres veces. Durante la primera, se mantuvo circunspecto, muy atento. Mientras la escuchaba por segunda vez, me pareció advertir que una de sus comisuras se movía casi imperceptiblemente en dirección a su carrillo más cercano, como una mueca, que me hizo sospechar, alentado por Viola, sobre el posible descubrimiento de un mensaje oculto, por ejemplo, en la palabra che.

Durante la tercera escucha, en la que supuestamente estaría casi listo el desciframiento de toda la canción, Viola me calentó la oreja con un discurso que en otras circunstancias podría haber sido valedero.

—¡Ahí está! —gritó eufórico—. ¡Está clarito!

—Explíqueme, soy medio burro.

—Muy simple: Introini, exmontonero, está encabezando un tercer "Operativo retorno" de viejos militantes exiliados, que se negaron a

volver al país en 1979 y 1980 y evitaron ser masacrados.

—Pero… no entiendo. ¿Para qué meterse en un colegio si su misión es otra? Y poniendo en peligro a su nieta…

—No sé. Será una táctica nueva. Dicen que algunos grupos iraníes utilizan niños como escudos.

Seguramente entendió mi mirada severa porque no habló más. El intérprete parecía estar seguro de que la canción hablaba de un animal pequeño, un perrito, con algunas características que lo hacían digno de cariño.

—Fíjese —dijo mirando a la cámara—, "ese perrito ladra y ladra: guau guau guau", *che jagua oñarô* quiere decir eso. *Guau guau guau, che jagua karape´i* quiere decir "mi perro petisito". *Guau guau guau, che jagua isaraki*, "mi perro es travieso". *Ajépa iporâ, morotî ha ikyra che jagua michîmi* significa "¿verdad que es lindo? Blanco y gordito, mi perro chiquitito". O sea:

Guau guau guau, mi perro ladró
Guau guau guau, mi perro petisito
Guau guau guau, mi perro travieso
¿Verdad que es lindo? Blanco y gordito, mi perro chiquitito.

—¿Qué significa la palabra *che*?

—Es un pronombre posesivo. Significa "mi".

—¿Por qué le decían el Che a Guevara?

—Porque acostumbraba usar esa palabra. En cada conversación, la usaba. En determinado momento, estaba rodeado por tanta gente que se le hacía difícil recordar sus nombres. Entonces decía "che, tráeme tal cosa" o "che, llévame a La Habana".

—¿A qué se dedica usted en la embajada?

—A controlar planillas prontuariales de quienes quieren renovar sus pasaportes.

—¿Sabe quién es el autor de la letra?

Estuvo pensativo unos segundos y después se le iluminó la cara.

—Si me esperan un momentito, puedo intentar averiguarlo. ¿Para qué lo necesitan?

—Secreto de sumario.

Unos minutos después apareció con el nombre de quien sería la autora de la canción infantil.

—Es una mujer muy conocida y respetada en nuestro país. Se dedica solo a escribir canciones para niños.

—Por casualidad, ¿conoce a Guaci Ortiz?

—¡Somos amigos! Desde que éramos niños. Su familia y la mía se visitaban con frecuencia. Es más, confieso que, cuando era adolescente, me enseñó con mucha ternura lo que tenía que aprender, pero cuando le pedí que fuéramos novios me rechazó. Lo entendí con el tiempo, ella tenía otros planes para su vida. Sigue

siendo soltera, fíjese usted, por decisión propia. Es tan bella que tiene un montón de pretendientes, pero nunca aceptó a ninguno.

—Y eso de que es una princesa, ¿de dónde viene?

—Je, je, je, en mi país se dice que Guaci era una princesa que luchó contra los invasores. Según la leyenda, porque no hay registros históricos de que hubiera existido, era tan hermosa y vigorosa y tan valiente, que muchos aventureros que se enfrentaron con ella se enamoraron perdidamente. Y quedaron sorprendidos, cuando al verse rodeada y a punto de ser derrotada, decidió saltar desde un barranco para no caer en manos del enemigo.

PALABRAS CRUZADAS

Veinte

Noviembre 2024

Cámara Gesell, Valentina, primera parte

—Valentina.

—¿Apellido?

—Introini Perano.

—¿Cómo te sentís hoy?

—Bien.

—Te veo decaída.

—Estoy un poquito cansada.

—¿Querés descansar y nos vemos otro día?

—No.

—¿Tenés ganas de jugar?

—Bueno.

—Elegí un juguete.

—Ese perrito.

—¿Tenés un perrito en tu casa?

—No. Mi mamá no me deja.

—¿Por qué?

—Porque estoy enferma.

—¿Qué sentís?

—Nada.

—…

—A veces me canso y mi mamá me hace quedar en la cama. A veces no tengo hambre.

—¿Cómo te golpeaste?

-No me golpeé.

—Ajá. ¿Te pegó tu mamá?

—No.

—¿Te pegó tu papá?

—Mi papá murió.

—¿Te pegó tu abuelo?

—Nadie me pegó.

—¿Y esas manchas que tenés en los brazos?

—Es mi enfermedad.

—¿Sabés cómo se llama tu enfermedad?

—Lucemia.

—¿Te duele algo?

—No.

—¿Dormís bien?

—Sí, pero a veces tengo fiebre y no puedo dormir.

—¿Qué son esos puntitos rojos que tenés en la piel?

—No sé. Mi mamá dice que es por la lucemia.

—Esos puntitos se llaman petequias. ¿No te pican?

—No.

—¿Hace mucho que no ves a tu mamá?

—Sí.

—¿Con quién estás viviendo ahora?

—Con Guaci. Ella me quiere mucho.

—¿Y vos la querés?

—¡Mucho!

—¿La extrañás a tu mamá?

—…

—¿Y a tu papá?

—Mi papá murió.

—¿Sabés cómo murió?

—Un accidente.

—¿Estás comiendo bien? Te veo muy flaquita.

—Guaci dice que me va a engordar. Me da mucha mazamorra.

—¿Es rica?

—Hmmm, seee …

—¿Y por qué no la ves a tu mamá?

—Se portó mal conmigo.

—¿Por qué se portó mal?

—No me defendió.

—¿Cómo es eso?

—Dejaba que mi papá me llevara a su cama.

—¿Qué nombre le vas a poner al perrito?

—Adelmo —sonrió—. ¿Me lo puedo llevar?

—¡Claro! No te levantes de la silla todavía, quiero preguntarte algo más.

—¿En serio me lo puedo llevar?

—Prometido. Decime, Valentina, ¿por qué te llevaba a su cama tu papá?

—Estaba peleado con mi mamá.

—¿Y qué te decía?

—No me acuerdo —dudó.

—Le vamos a pedir al perrito que te ayude a recordar, ¿sí?

—Bueno.

—A ver, perrito, ayudémosle a Valentina que no se acuerda de algunas cosas. ¿Cómo se llama tu papá?

—Mi papá está muerto.

—Sí, ya lo dijiste, pero tenía un nombre.

—Federico.

—¿Tiene hermanos tu papá?

—No sé.

—¿Tenés tíos?

—No.

—¿Tu mamá tiene hermanos?

—No.

—¿Y vos querés una hermanita?

—Mi papá murió.

—Ya lo dijiste. ¿Te contaron cómo murió?

—En un accidente.

—Bien. Volvamos a cuando tu papá te llevaba a su cama.

—No me acuerdo.

—¿Te daba besos?

—Sí.

—¿Qué más hacía?

—Hablaba mal de mi mamá. Me decía que no era más su mujer. Que era una yegua mal parida.

—¿Sabés por qué decía eso?

—Cuando peleaban, se lo decía.

—¿Y vos dormías con él?

—Sí.

—¿Dormías bien?

—Sí.

—¿Te abrazaba?

—Sí.

—¿Te cantaba?

—Sí. Me cantaba despacito.

—¿Qué cantaba?

—No sé. Yo no le entendía.

—¿Y te enojaste con tu papá?

—Sí. Le conté a mi mamá que me hacía cosquillas en la cola.

—¿Cómo hacía?

—Con los dedos. Después empezó a besarme. Mamá se enojó mucho, pero él le gritaba y ella no se animaba a decirle nada. Mamá entraba a su pieza y me llevaba a la cama con ella. Si decía algo, papá le pegaba y me llevaba de vuelta con él.

—¿Por qué le pegaba?

—Porque tomaba mucho.

—¿Qué tomaba?

—No sé.

—¿Todos los días le pegaba?

—Sí.

—Tu mamá tiene muchas manchas en la cara y en el cuerpo, como las que vos tenés en los bracitos.

—…

—¿Quién iba a buscarte al jardín?

—Mi mamá.

—¿Tu papá la dejaba?

—No, pero él se iba y no le hacía caso. Papá se iba con unas amigas y volvía a la noche. Mamá decía que no quería dormir más con él.

—¿Por eso te buscaba para que fueras a su cama?

—Sí.

—¿Y tu mamá nunca dijo nada?

—Dijo que lo iba a denunciar si me seguía tocando, pero estaba siempre borracha y no hacía nada.

—¿La extrañás a tu mamá?

—…

—Si le pidiera a la jueza que te obligue a volver con ella, ¿qué dirías?

—Que quiero vivir con Guaci y con mi abuelo.

—Te agradezco mucho que hayas hablado conmigo.

—¿Me puedo ir?

—¿Te vas a tu casa?

—Me tienen que llevar al hospital.

—¿Y después a tu casa?

—Guaci me va a llevar a tomar un helado.

—Bueno, quedate un ratito más que quiero auscultarte.

—¿Qué es eso?

—Escuchar los latidos de tu corazón. Y ver si tenés algún ruidito en la panza y los pulmones.

—¿Por qué? ¿Eso no se hace en el consultorio?

—Ja, ja, qué pícara que sos. Sí, vamos a ir al consultorio, con Guaci y una enfermera. Está acá al lado el consultorio.

—¿Después me puedo ir?

—La última pregunta. ¿Este dibujo es de tu familia?

—Sí.

—¿Quién es esta?

—Mi mamá.

—¡Qué chiquita la dibujaste! Y esta, ¿sos vos?

—Sí.

—¡Qué lindo dibujás! ¿Este es tu papá?

—Mi papá murió.

—Entonces, ¿quién es?

—Mi abuelo. Y esta es Guaci.

—¿También es de tu familia?

—Yo quiero que se case con el abuelo.

—¿Y ella quiere?

—No sé.

—¿Y tu abuelo?

—…

—Bien. Acompañame al consultorio. Después seguimos un ratito más, ¿sí?

Veintiuno

Noviembre 2024

—Claudia Perano.

—¿Su apellido de casada?

—Introini. Nunca lo usé. Ya no lo usaré.

—Usted es la mamá de Valentina.

—Sí.

—¿Cómo es su relación con ella?

—…

—¿Cuánto tiempo hace que no la ve?

—…

—¿Quiere que suspendamos la audiencia?

—Quiero que me devuelvan a mi hija.

—Tranquilícese.

—Necesito un trago.

—¿Agua?

—Agua no. Algo fuerte.

—Solo agua puedo ofrecerle.

—…

—¿Cuántos años estuvo casada con Federico?

—Siete, ocho…

—¿La relación era buena?

—Una mierda.

—¿Siempre fue mala?

—Desde el comienzo.

—¿Por qué?

—Me demandaba una actividad sexual muy intensa.

— …

—Al principio, lo festejé como un semental, pero después quedaba agotada al final del día y no le gustó que quisiera reservar mi intimidad.

—Cuénteme.

—Cambió su carácter. Se puso violento, comenzó a faltar de casa muchas horas, después por días, por una semana. Cuando le dije que me iba de casa, pareció que entraba en razones.

—¿En qué trabajaba?

—Tenía un muy buen trabajo en una financiera conocida, asesoraba a empresas y ganaba muy bien. Vivíamos en un country, teníamos un buen auto y yo también trabajaba, con la idea de acrecentar nuestro patrimonio.

—¿Y qué pasó?

—Un día descubrieron que retuvo dinero de un cliente y lo colocó en una cuenta suya. Lo descubrieron. Fue despedido.

Silencio.

—Tenía muchos contactos y varios meses después consiguió otro trabajo. Seguía haciendo lo mismo, pero en cuevas ilegales. Nos mudamos a un departamento. Lo mantuvo con sus ahorros hasta que un día se terminaron. Tuvimos que vender el auto y mudarnos a la casita que nos prestó una tía, en ese barrio, lejos del centro, de los amigos de siempre, lejos de todo. Un día me harté y me fui de casa.

—Pero volvió.

—No volví. Me fue a buscar. Me llevó a un hotel y me violó. Es un tipo enfermo. Era. Padecía satiriasis, lo que en las mujeres se llama ninfomanía.

—¿Se quedó con él?

—Comenzó a hacer terapia y mejoró bastante, pero lo que sí me decidió a quedarme fue el embarazo que resultó de la violación. Y sí, finalmente mi destino fue quedarme en esa casita, en ese barrio bastante precario, soportando sus desplantes y su acoso permanente, por lo que retrocedimos a los peores tiempos de sus salidas constantes, a la pobreza creciente, al maltrato ambiental, a la enfermedad de la nena, el suicidio, la acusación que me hace la fiscal por no defender a la nena de su padre.

—Valentina dice lo mismo.

—¡Hice lo que pude, es injusta conmigo! Federico se suicidó porque no quiso enfrentar las consecuencias de lo que hacía con su hija, su única hija, por el daño que debía responder si estuviera vivo.

Se detuvo un instante.

—Lamento no haber tenido agallas para matarlo yo.

—Cálmese. ¿Quiere que suspendamos la entrevista?

—…

—¿Quiere que le inyecten un calmante?

Toma agua.

—¿Se siente mejor?

—Sí.

—No le voy a preguntar por los hechos que le atribuyen, pero quisiera conocer la opinión de sus abogados respecto a la tenencia de la niña.

—No va a ser fácil. Valentina fue entregada en adopción a su abuelo, que vive en concubinato con esa india. Un concubinato por conveniencia. Imagínese, él tiene más de setenta, setenta y cinco, y ella, treinta y siete. ¿Usted cree que va a poder sostener esa relación?

—¿En qué sentido?

—Me refiero a la diferencia de edad.

—Puede ser una relación tranquila.

—¡Vamos! ¿Usted la vio? ¡Es una leona!

—¿Tiene chances de pedir que le entreguen a Valentina?

—Mis abogados dicen que no hay que abandonar la lucha. Que si me absuelven, hay posibilidades. Van a alegar mi imposibilidad de defendernos o algo así.

—¿La nena quiere volver con usted?

—…

—¿Tiene noticias de ella?

—Quiero verla. No basta con que me digan que está bien, que está contenta y que su leucemia está controlada.

—¿La llama por teléfono?

—No la dejan, no me dejan.

—¿Sus abogados qué dicen?

—Que si ella no quiere atenderme está en su derecho.

—¿Cuándo cumple seis?

—Ya los cumplió. Le envié un regalo con una amiga. No dejaron que lo recibiera.

—¿Quién?

—No sé. Supongo que el abuelo.

—¿Cómo se lleva usted con él?

—Para el carajo.

—¿Intentó restablecer una buena relación?

—Está muy enojado. Me hace responsable por todo. Dice que la nena está enferma por mi culpa.

—¿Quiere aprovechar para enviarle algún mensaje?

—No. Quiero que me dejen verla. Recuperarla. Tenerla conmigo.

—…

—Estoy segura de que sola en la cárcel voy a enfermar y morir.

—Sin embargo, la veo bien.

Se ríe.

—Ya estoy padeciendo síndrome de abstinencia.

—Las médicas de la cárcel se van a ocupar de que esté bien. ¿Usted fuma?

—No.

—¿Fumó alguna vez?

—Sí.

—Si pudo dejar de fumar, podrá dejar de beber.

Veintidós

Noviembre 2024

Rocío Abrate, veintinueve años, soltera, un hijo, integrante de la fuerza de choque de la Policía de la provincia. Fue suspendida y se encuentra a la espera de la pena que merece por el descuido que permitió a Federico Introini apoderarse de su arma y por las lesiones que le causó cuando intentó evitarlo.

—¿Estaban vestidos con uniforme?

—¡Claro! Con el uniforme reglamentario de la Guardia Femenina. Un jersey de color negro, mangas cortas para temperaturas altas y un pantalón liviano.

—¿Cuáles son las funciones de la Guardia Femenina?

—La nuestra es estar en contacto con los ciudadanos en cuestiones de prevención, control de personas y vehículos.

—¿Allanamientos?

—Allanamientos, rastreos, restablecimiento del orden y la tranquilidad pública, actividades ambientalistas y de patrimonio cultural, entre otras.

—¿Por qué le tocó a usted custodiar a Introini, si había tanto personal masculino?

—Bueno, a ver… Había muchísimos compañeros ese día, pero estaban destinados a otras tareas. Todos estamos capacitados para cualquier tarea. Hombres y mujeres.

—¿Por ejemplo?

—¡Uf!

—Responda, por favor.

—Para resolver cómo se iba a ingresar a ese rancho donde funcionaba la guardería. Bah, el jardín de infantes. Mantener alejados a los padres y madres. Decían que alrededor del rancho habían sembrado explosivos.

—¿Y eso era cierto?

—No…

—Volvamos a su misión, si se puede llamar así.

—Mi jefe me ordenó que mantuviera a raya al detenido. Ese señor no estaba en sus cabales. Insultaba a su padre, a su esposa, a la directora del jardín, a su hija. No dejaba de gritar.

—¿Usted sola se ocupó de él?

—Había otros brigadistas. Los llamaron para contener a los revoltosos. Como Introini estaba esposado a la carrocería del móvil,

me relajé. Ese fue mi error. Pedí disculpas.

—Dicen sus compañeros que Introini le hablaba permanentemente, que trataba de seducirla para que le quitara las esposas. ¿Por qué no lo trasladaron a una comisaría?

—Yo no soy responsable de lo que no se hizo.

—¿Cómo la despojó de su arma?

—Me distraje. Le di la espalda.

—¿Por qué sucedió eso?

—La multitud lanzaba piedras contra nosotros. Eso me alertó de que quizá eran más peligrosos los que venían que Introini, los que avanzaban contra los escudos, los bastones, los perros, los drones que filmaban, el gas pimienta. Estoy segura de que había gente infiltrada con fines provocativos. Menos mal que los venció el calor. Y la falta de un plan, de alguien que coordinara.

—¿Y el comisario Ventura?

—Había demasiados caciques y cada uno opinaba distinto. Todo comenzó a ordenarse cuando llegaron la fiscal y la jueza de menores.

—Intentemos volver al momento en que le fue arrebatada el arma. ¿Estaba cargada?

—Sí.

—¿Era consciente de que podría haberla matado?

—Sí.

—¿Qué hizo usted?

—Me trabé en lucha con él para reducirlo. Me distrajo el tumulto y perdí el control de lo que hacía. Le había dado la espalda, me apretó el cuello con un brazo y sacó mi pistola de la cartuchera.

—¿Logró reducirlo?

—No. Le di varios golpes de puño y apenas si logré moverlo. Me golpeó la cabeza y perdí la conciencia, pero escuché el disparo. Pensé que lo habían abatido mis compañeros, pero no, él mismo se disparó en la boca. Salía humo del caño cuando se le cayó el arma.

—¿Era un arma de puño?

—Una Glock calibre 22.

—¿Qué resultado se esperaba con el operativo?

—El resultado no fue el esperado. Solo eso puedo decir.

—¿La van a reincorporar?

—Estimo que sí. Eso dice mi abogado.

—¿Sabe qué sanción le aplicarán?

—El mínimo es un apercibimiento. Eso espero.

—¿Alguna consecuencia derivada de los golpes recibidos?

—El casco me salvó la cabeza. Los moretones que tengo en la cara y el ojo desaparecerán. Espero.

—No la favorecen.

—¡Para nada!

—Por lo menos puede maquillarse.

—Ja, ja, ja, con este ojo en compota para qué me serviría.

Veintitrés

Noviembre 2024

Los restos de Federico Introini fueron trasladados a la morgue judicial envueltos en la bolsa de óbito reglamentaria. Previo a despejar el área de curiosos y antes de trasladarlo, la fiscal y el forense echaron una primera mirada al lugar y al cuerpo sin rostro. Lo evidente resumía casi todas las posibilidades de acertar con el diagnóstico: muerte autoinfligida. Ese fue el último día que Claudia Perano y Adelmo pudieron echarle un vistazo a los restos aún tibios del abusador de Valentina. Fue solo un par de minutos, mientras culminaban los preparativos para embolsarlo y trasladarlo a la dependencia donde sería inspeccionado. La fiscal no permitió que nadie los filmara.

Mientras tanto Guaci, a regañadientes pero bajo la orden de la jueza y la asesora de menores, cargó con el cuerpito dormido de Valentina y se la llevó a la habitación que alquilaba en un hostel, acompañada por una custodia que pasó la noche a su lado. Tenía la obligación de presentarse con la niña en el juzgado a primera hora del lunes siguiente, donde se iba a resolver la tenencia provisoria anterior a la adopción. Tremendo conflicto se le presentó a Guaci, porque vivía tan austeramente que solo cubría sus necesidades, aunque se las arreglaba bien tejiendo artesanías con hilos de lana

fina de alpaca. La asaltó el temor de que no le permitieran conservar a la niña por todas las razones que la desfavorecían en comparación con una madre burguesa de buenos ingresos: soltera, pobre, de vida ligera y económicamente inestable, sin casa propia, extranjera sin ciudadanía, aunque en realidad nacida en Formosa, con fuertes convicciones feministas, antipáticas para el statu quo que desea la justicia para una niña adoptada. Guaci optó por no decirle a Valentina la verdad sobre la muerte de Federico, sopesando que la funcionaria apoyaría su deseo de adoptarla al mostrarse sin dobleces. La asesora no aceptó que la niña sea trasladada en el mismo patrullero en el que viajaba la mujer que la custodiaría. Es posible que haya tenido la doble intención de protegerlas y de curiosear el hábitat designado como domicilio por la señorita Ortiz.

Despanzurrado el cadáver, Federico habló con el forense, autopsia mediante, y le contó muchas cosas que no eran evidentes. Buena contextura física, todos los huesos sanos, dentadura casi completa, hígado graso y estómago con una hernia importante que seguramente le provocaba reflujos a repetición. Pulmones de fumador con enfisema. Aunque está a la vista la causa de la muerte en el disparo autodireccionado, se estimó necesario descartar concausas como una hemorragia interna, alguna alteración del sistema nervioso central o cualquier otra de las denominadas "hallazgos de autopsia", siempre reveladores, a veces decisivos. Tenía la piel muy manchada por el sol y algunas quemaduras, pecas y cicatrices y sustancias ígneas de origen desconocido, quizá algún accidente con alcohol, agua hirviendo o gasolina. Una típica piel producto de una mutación genética que impide la producción de eumelanina, el pigmento que da color marrón al pelo y a la piel y, en

su lugar, producen feomelanina que da ese color rojo tan característico.

La morgue estaba muy bien equipada como había ordenado el forense, con todo lo necesario para que pudiera realizarse un trabajo a conciencia con dos ayudantes que habían sido alumnos suyos. Algo que llamó la atención de la fiscal, del forense y de los dos ayudantes fue el tatuaje realizado en dos líneas a lo largo de su pene que decía "iuqarop norasap serejum edselim". Una muestra elocuente de su obsesión por el uso indiscriminado y frecuente de su aparato sexual y una clara muestra de ingenio.

Por suerte, alguien filmó lo ocurrido entre Federico y su custodia, seguramente, el camarógrafo del canal de Buenos Aires y con esa sola evidencia, pocos días después, la mujer policía podría ser sobreseída, inclusive como autora de las lesiones que presentaba el occiso ocasionadas por ella en legítima defensa. Saad se concentró en los resultados de los análisis de sangre, materia fecal y de la orina extraída de la vejiga del occiso, ya que al percutarse también se había orinado. No revelaban la existencia de ninguna sustancia energizante o psicotrópica ni alcohol más allá de una posible ingesta a la hora de almorzar, pero sí la presencia de restos de sales componentes de los agrotóxicos seguramente por ingesta indirecta. El hígado graso tampoco revelaba ninguna novedad particular diferente de las halladas en sangre y orina y, en el resto del cadáver, no se encontraron otras lesiones traumáticas ni pinchazos en los brazos ni las piernas. El cuerpo presentaba, también, heridas antiguas de operaciones comunes como hernia, apendicitis, hemorroides y una incisión en la base de la columna vertebral por

una posible intervención quirúrgica endoscópica, para corregir el desplazamiento de una vértebra.

—¿Este hombre rengueaba? ¿Alguno de los presentes lo conocía?

La respuesta fue negativa.

Buena parte de los sesos había quedado desparramada en la tierra a disposición de los perros hambrientos que circulan por la ciudad y sus alrededores. Quizá como consecuencia de las altas temperaturas y la escasa ingesta de líquidos, tenía los labios agrietados. Lo que quedaba de Federico para los gusanos cadavéricos contradecía la apostura jovial y llena de vida de la última fotografía agregada a su prontuario policial.

—Fíjense —dijo Saad a sus ayudantes—, que a la primera impresión nada parece indicar que lo que circula entre sus órganos es muy parecido a un infierno. Pasaron pocas horas desde su muerte y pese a haber sido congelado, pululan ya colonias de fauna cadavérica, huevos y larvas y comienzan los olores de la descomposición. Esos olores atraen a los insectos aún antes de que lleguen a nuestras narices. ¡Qué maravilla! Esa fauna llega ordenada al cuerpo muerto, por oleadas, apenas detectan la emisión de olores, mucho antes de que nosotros los notemos, y de acuerdo con los cambios que sufre el cuerpo. Primero, llegan los insectos que comen tejidos cadavéricos llamados los necrófagos, un poco después los predadores de los necrófagos o necrófilos y, al final, los que se alimentan tanto de tejidos como de otros insectos por lo que se los conoce como omnívoros. ¿Me siguen? Si toda esa guerra se produce cuando ya estamos muertos, ¿se imaginan las batallas que hay

dentro de nosotros mientras estamos vivos? Todos contra todos, más o menos. Esto es materia de la entomología.

Los ayudantes, un varón y una mujer, quedaron maravillados con la variedad de instrumentos quirúrgicos que se utilizaban en una autopsia y con la numerosa fauna que actuaba como un ejército con los restos de un humano. Y eso que no habían llegado a apreciar la temprana existencia de pupas e insectos adultos como moscas, escarabajos y otros, hormigas y avispas, en menor medida. “Todos esos invertebrados guardan una información preciosa a la hora de la verdad”, les había dicho Saad.

Veinticuatro

Mayo 2025

Cecilia Gastaldi, profesora de Historia e investigadora.

—Fui a trabajar como voluntaria en ese jardín, tan lamentablemente pobre, al que no quisieron sumarse, por lo menos, una docena de mujeres. No estuvieron dispuestas a entregar su vida por la vida de esos niños. Un experimento que, al principio, no llamó la atención de nadie porque la decisión de ocupar esa tapera fue consensuada solo con las madres, que no querían separarse de sus hijos más que por unas pocas horas. *Tapera* es una palabra que proviene del guaraní y significa "ciudad". Guaci me enseñó que *tapes* es una palabra con la que se denominó en la Mesopotamia a las personas de color moreno y algunos de color más claro, como bronceado, que conservan el tipo de los indígenas originarios, con algunas mezclas muy interesantes.

—¿Cómo es su relación con Guaci?

—Es un ejemplo de entrega voluntaria, por su origen, su inteligencia y el amor que entregó a cada criatura en particular. Todos los niños la adoran. Leí en una investigación muy interesante, de unas colegas de la provincia de Buenos Aires, que la existencia de las taperas refuta no solo el silencio de la RAE a fines del siglo

XIX, sino también la idea de un territorio vacío, sin huellas ni intervenciones humanas. Como si fuera una parábola del desierto. Por eso, me interesó y acepté venir a trabajar por un año, que se convirtieron en cinco y mi vida ya es parte de esto. Seguramente, las lesiones que sufre mi cuerpo tienen que ver con la modernidad de la soja y el glifosato —sonríe.

—¿Su salud se ha afectado?

—Así es. Todos pasamos por la vida colectando heridas, las que dicen, en definitiva, quiénes somos. Y yo le agradezco a Guaci el haber ido a buscarme a mi escondite en la ciudad. Nos conocimos por pura casualidad, en una peña folclórica en la que actuaba un conjunto de arpas que interpretaban guaranias. Ella cantó y bailó y en un intervalo compartimos una mesa, bebidas, empanadas y una conversación amable que culminó con la propuesta de venir a darle vida a este jardín de niños que difícilmente alcancen su adolescencia. No son muertos vivientes, son gigantes de estatura pequeña que cargan con la muerte como una cicatriz en el cuerpo, que resisten a fuerza de juegos, canciones y a dejarse llevar por la vida sin pensar más que en eso.

—Cuénteme cómo recalaron en la tapera.

—Bien. El jardín original estaba en el barrio donde viven casi todas las familias, peones rurales que en sus tiempos libres, cada vez más prolongados, desplazados por una maquinaria sofisticada que ya no los necesita, cultivan huertas orgánicas y sobreviven a la miseria con la solidaridad de sus vecinos. La mala suerte hizo que un tornado se llevara el techo y derrumbara la vieja estructura de

ladrillo del jardín original. Gestiones por acá, gestiones por allá, hasta que, ante la falta de respuestas, alguien comentó que existía un lugar vacío, con un techo que resistió el paso del tiempo y los vendavales. Resistió con la dignidad propia de quienes resisten el silencio y el ocultamiento de las políticas modernas de los desarrollistas urbanos, quienes deciden que un lugar así, fuera de la historia, no debe existir.

—Difícil entender que una tapera sin rastros de haber sido habitada tenga una historia.

—La historia viene a ser lo nuevo, que pisa y destruye lo que molesta a los ojos y a la memoria, lo que es diferente, lo precario, lo insuficiente. A esto resiste la tapera: a la precariedad, al abandono, a la suciedad y al mal estado con que se la nombra desde siempre. Y a la tristeza, también. El encuentro con estos restos interrumpen el vaciamiento del paisaje, impuesto siempre por una política dominante y centralizada. ¿Me sigue?

—Eso intento.

—Al interrumpir la línea del horizonte, con una lógica contraria a las urbanizaciones, los restos fosilizados se transforman en huellas que sobreviven. Apuesto con mi esfuerzo a que estos niños también sobrevivan a su experiencia aquí. No todos podrán, no todos tendrán la lucidez necesaria para asumir su vida como un reto a la modernidad que avasalló sus familias, sus casas, su salud, su identidad. No creo que le interesen mis veleidades de estudiante curiosa a la entrada de la menopausia. ¿Usted querrá que le explique el incidente con el señor Introini? Bien, al menos lo intento.

Mi padre era muy amigo de este señor. Compartían actividades políticas, pero terminaron discutiendo ideas que los llevaron a distanciarse. Yo fui testigo de tremendas trifulcas cuando era niña. En los años 80, las diferencias fueron alrededor de la idea de peronismo que tenía cada uno. Mi padre terminó simpatizando con el trotskismo y su amigo Adelmo, con el peronismo revolucionario. Dejaron de verse, mi padre falleció y una tarde, hace… seis meses, Adelmo apareció por mi casa pidiéndome que habláramos de su nieta. Venía a pedirme que se la entregara. Me negué. Se ofuscó, insistió y, finalmente, se despidió con la amenaza de que iría a retirarla de todas maneras con una bomba en su cuerpo.

Hizo una pausa.

—Unos días después, Guaci me alertó de que Adelmo iría a buscar a la niña pacíficamente, pero cuando lo vi venir en dirección a la salita con el cuerpo lleno de cables me pareció atinado llamar al 911. Toda persona en sus cabales habría actuado como yo, estoy convencida. Le digo más: debería haber accionado con más anticipación, porque al ver el jardincito rodeado de policías, perros, bomberos, un helicóptero, ambulancias, médicos y muchos automóviles estacionados en las inmediaciones, no se habría atrevido a interpretar la payasada de la bomba en su cuerpo y las minas enterradas en el patiecito del jardín.

—Fue una idea arriesgada.

—Sí. No pude evitar el pánico. Conociéndolo de cuando era joven, la visión de una persona civilizada y no violenta no entraba en mi cabeza.

—¿Qué haría si tuviera que tomar nuevamente una decisión?

—No sé. Tiemblo de solo pensarlo.

—¿Cree que Valentina está en buenas manos?

Suspiró y abrió los brazos. La figura jovial que había ingresado al canal se había transformado de pronto en una mujer que representaba muchos más años que los que tenía.

—Espero que sí.

Veinticinco

Mayo 2025

Adelmo sonrió cuando le pedí permiso para leer su prontuario. Eran varias hojas de un papel amarillento, del siglo pasado, con unas pocas roturas en las puntas, tierra acumulada en los pliegues y algunas líneas de tinta borroneadas por un líquido que aparentaba ser agua (no había posibilidades de conjeturar que pudiera ser otra sustancia). Comenzaba en los años 50, con breves referencias a las actividades políticas de su padre, muy comprometidas con la oposición violenta al régimen peronista, puesto en prisión varias veces por atentados, etcétera, etcétera.

—No tengo a quién salir —dijo Adelmo, con un gesto de satisfacción—. Los primeros antecedentes suyos eran de su edad escolar primaria cuando fue sancionado por echarle un escupitajo a un busto de Perón, inmediatamente sancionado con una suspensión pero no llegó a ser expulsado por gestiones personales de unos amigos de su padre. Luego, un par de hojas acerca de su actividad en agrupaciones universitarias y más de veinte, subrayadas con tinta roja, sobre supuestas actividades en la guerrilla que lo llevaron a la cárcel varias veces. Su fuga tiene líneas subrayadas y al final una raya azul que deja en suspenso lo que sucedió después de su

regreso de España. Ninguna referencia a las supuestas actividades extorsivas que le reprochaban en los últimos años.

—De eso no se habla. Ahora me porto bien. ¿Dónde consiguió ese prontuario? Esos documentos están archivados bajo cuatro llaves en algún lugar que puede ser un sótano, una casa vieja cuidada para que no la derrumben o un pozo con paredes de cemento. No sé. ¿Acaso se le ocurre algún otro sitio?

—Una tumba quizás.

—Un mausoleo… No sería mala idea, si no fueran tantos papeles. En esta foto, me veo bien, ¿verdad? En esta, también. Bueno, vayamos al grano. ¿Qué quiere saber?

—¿De qué vive ahora?

—Si le digo de rentas, no me va a creer. Tengo una buena jubilación y cobré la indemnización que me asignaron como exiliado político. Con eso, hice un fondo de inversión que manejan expertos en la materia.

—Diariamente, ¿qué hace?

Dudó.

—Remontar el duelo. Cuidar a mi nieta. Llevarla a pasear, comprarle perritos de peluche. Conocer a Guaci también me lleva tiempo.

—¿Se llevan bien?

—Sabemos que no es fácil. Es todo un trabajo, pero nos reímos mucho.

—¿Cómo está Valentina?

—La veo muy relajada, sin ganas de hacer nada. Extraña los juegos del jardín, encontrarse con sus amiguitos. Los últimos estudios dicen que está estable.

—Háble me de Guaci.

—Está tratando de enseñarnos su idioma.

—¿Tienen intimidad con la niña que, a veces, no duerme de noche?

—Esa pregunta no la voy a responder.

—Bien. Pregunto porque la niña me dijo que le gustaría tener una hermanita, pero que Guaci no quiere.

—En realidad, no queremos, pero no nos negamos, sería por inseminación artificial. No nos conocemos lo suficiente. Nos preocupa que Valentina esté bien y se cure. Guaci juega mucho con ella, le enseña a leer y a escribir, a dibujar, y a la niña le fascina escucharla cuando toca el arpa.

—En definitiva, Guaci dejó el hostel y se fue a vivir con usted nada más para que pudieran adoptar a la niña. ¿Es así?

—Hay una atracción muy grande entre nosotros.

—¿No importa la diferencia de edad?

—En este momento, no. Veremos más adelante.

—¿Está haciendo algún tratamiento?

Se ríe.

—Sí, con refuerzos naturales. Y mucha gimnasia, yoga, caminatas. Pero bueno, ¿a qué viene todo esto?

—¿Qué va a ser de la niña si ustedes se separan?

Allí se detuvo la entrevista. No hay más nada de qué hablar dijo. Pensaba preguntarle cómo había sido la "logística" para arriesgarse a aducir que portaba una bomba. No me disgustó la idea de tener que imaginarlo con los pocos datos que había recogido en el lugar. Es posible que, dentro de algunos años, se diga que todo había sido inventado por el gobierno de turno para ocultar asuntos más graves.

Veintiséis

Noviembre 2024

Cámara Gesell, Valentina, segunda parte

—Pero tu papá también iba a buscarte.

—Sí.

—¿Cuándo iba?

—Cuando mamá estaba borracha.

—¿Tu abuelo iba a visitarte a tu casa?

—Poco. Mi papá no quería. Venía cuando él no estaba.

—Y vos, ¿le contaste algo?

—La que más le contó fue mi mamá. Porque ella estaba muy enojada y le contó al abuelo que mi papá me llevaba a su cama.

—¿Y qué dijo tu abuelo?

—Se enojó. Se enojó también con mi mamá. Y le dijo que algún día me iría a buscar él.

—Desde que tu mamá le contó a tu abuelo, ¿cuánto tiempo pasó hasta que te fue a buscar?

—Dos cumpleaños.

—Mucho tiempo… ¿Y cómo te acordás?

—Porque la última vez que vino, mi papá tiró a la basura el regalo que me traía.

—¿Qué te llevó?

—No lo vi.

—Y la otra vez, ¿qué te había llevado?

—Una muñeca. Se llama Belén.

—¿Por qué?

—No sé…

—¿Tenés una amiguita que se llama Belén?

—Sí, en el jardín.

—¿Qué dijo cuando le contaste?

—No la vi más, no le conté. No iba a decir nada porque no sabe hablar. Guaci me dijo que lo que tiene ella y la lucemia que tengo yo son por culpa del avión.

—¿Qué más recordás?

—…

—Bueno, no importa.

—Una vez me hice pis. Mi papá se enojó porque lo había mojado.

—¿Se enojó y te pegó?

—…

—¿Te dijo el médico que te vas a curar?

—Sí. Me tienen que sacar un líquido de la espalda, para ver si tengo células malas en el cuerpo.

—¿Te acordás cómo se llama ese líquido?

—Algo así como… sépanloqueeslíquido.

—¿Vos querés que tu mamá vaya a visitarte?

—No la dejan. Está presa.

—¿Con quién vivís ahora?

—Guaci pidió que me dejaran vivir con ella, pero después me pidió mi abuelo. Estuvo preso y cuando salió empezó a pedirme. Yo le dije que quiero vivir con los dos.

—Tu mamá está presa, tu abuelo estuvo preso, tu papá fue detenido varias veces. ¿Vos qué sentís cuando te hablan de esto?

—Nadie me habla de eso.

—Bien, pero no te dejaban que fueras a visitar a tu abuelo.

—Me decían que soy muy chiquita, que no me iba a hacer bien.

—¿Te gustaría tener una hermanita?

—Ya me preguntaste dos veces. Mi papá se murió.

—¿Volviste a ver a tus compañeritos del jardín?

—No voy más al jardín, ya te dije. Empecé primer grado. Guaci me dijo que me iba a ayudar con los deberes.

—¡Eso sí que es tener suerte!

Movió la cabeza para decir que sí y se abrazó al perrito.

—¿Sabías que el jardincito no está más?

—…

—¿No te contaron?

—…

—¿Querés que hablemos de otra cosa?

—Guaci me contó que van a hacer uno nuevo. A mí me quedaría lejos, ya no vivo con mi mamá.

—¿Te gusta ir a la escuela?

—Sí…

—¿Seguís dibujando caras en los huevitos?

—No.

—¿Te gustaba?

—Sí.

—¿Querés que sigamos hablando?

—No. Ya es tarde. Tengo hambre.

—¿Se curó tu leucemia?

—Sí.

—¿En serio?

—Sí.

—¿No falta un estudio?

—Sí, el último. El sépanloqueeslíquido.

—Bueno, si querés dejamos acá. Me parece que estás cansada.

—Un poquito. Y tengo hambre, pero no tengo ganas de comer mazamorra. Mucho no me gusta. Antes me gustaba más.

Veintisiete

Mayo 2025

Se decía de Ramiro Sánchez que, en poco tiempo, se había convertido en el favorito del nuevo jefe, el comisario Mauro Viola, a su vez uno de los favoritos del Ministerio de Seguridad de la Nación, por estar siempre dispuesto a perseguir a los topos y a los inmigrantes que eligieron Argentina para escapar de la miseria. A Viola se le ocurría algo y, prestamente, le encargaba a Sánchez que se ocupara de los detalles. No quería que volviera a ocurrir otro evento como el de esa guardería o jardín del suburbio, en el que habían quedado tan mal vistos por la sociedad. Errores cometidos, lentitud para tomar decisiones, escaso compromiso personal para soportar el calor, la falta de agua y de ideas que aceleraran la llegada del final.

Aceptó que lo entrevistara bajo ciertas condiciones: que la conversación no fuese filmada, que su voz fuese distorsionada y que no se mencionara su nombre. Adujo razones de seguridad para él y sus compañeros, después la falta de autorización de sus jefes y, finalmente, el castigo que pudiera caberle en caso de que algún miembro del cuerpo sufriera alguna sanción por el contenido de sus dichos. Le faltó argüir, y lo agregó después, razones de seguridad personal, porque correría riesgo de ser atacado en oportunidad de

algún procedimiento en el que tuviera que actuar a cara descubierta. No tuve inconveniente en aceptar, pero sí le pedí que no se guardara nada. No necesariamente debía ser cronológico en su relato, pero optó por comenzar refiriéndose a la tardanza de Ventura esa mañana de noviembre que le tocó trasladarlo hasta el lugar de los acontecimientos.

—Ventura apareció a las diez y treinta en dirección a donde estaba estacionado el patrullero. Unos diez minutos antes salió por la puerta del edificio una señorita a la que no supe calcularle más de diecinueve o veinte años. Estaba enojada, más que enojada, furiosa, rengueaba sobre un solo pie porque se le había roto el taco y al otro *stiletto* lo llevaba en la mano, a medio vestir con una pollerita tableada muy corta y una camisa blanca de mangas largas abierta sobre el pecho. Se me antojó piropearla, aunque enseguida me arrepentí, porque cambió su rumbo y vino hacia el patrullero.

—¿Vos lo esperás a tu jefe? Decile que es un reverendo hijo de puta.

Mientras seguía su camino alcancé a escuchar una sarta de epítetos cada uno más irreverente que el anterior: cabrón, machista, misógino, puto de alma, cagado por su vieja en vez de parido. Le pregunté si le había pagado bien, se volvió y agregó:

—¡Y encima viejo amarrete!

—Cuando llegó Ventura, se sentó en el asiento del acompañante y preguntó de qué me reía. Le conté la furia de la chica, y él retrucó que la próxima vez que me tocara buscarlo estacionara en la esquina

siguiente. La radio del móvil nos mantuvo informados de todo lo que se había denunciado en la ciudad y, por suerte, no hubo ningún hecho de sangre. Informados también de que los efectivos de la Guardia de Infantería y del ETER se estaban alistando para concurrir hacia una bajada de la avenida de Circunvalación ubicada al sur de la ciudad. Me pidió que le contara lo que había escuchado. Como no sabía bien lo que estaba sucediendo, le conté la historia de un loco pasado de vueltas que andaba por ahí buscando jardines de infantes para cobrar alguna pieza que le permitiera pedir rescate. Preguntó si era un maniático sexual o uno de esos depresivos que salen a hacer daño a la hora de la siesta. Se lamentó por no haber manoteado una boina que había comprado en esos días para enfrentar el sol que se había anunciado hasta con 40 grados. Tomó el micrófono de la radio y pidió hablar con el comisario Viola. No estaba en su oficina. "Que lo busquen y lo encuentren". "Que si no está el jefe, el segundo tiene que estar". Y así. Traté de inventar otro relato con lobos y niñas desprotegidas, pero ya no le hacía mella ninguna historia en la que el objetivo de la carne presionara la cordura hasta desbordarla.

—¿Cuál es su nombre?

Se lo había dicho, pero al instante lo había olvidado. Empezó a toser, Ventura no paraba de fumar ni de tararear. Bueno, finalmente llegamos al lugar que usted conoció porque estuvo allí hasta el final. Me tocó hacer de correveidile de todos los jefes: Ventura, Viola, Velazco, Contreras, de la fiscal y de la jueza de menores. Como era nuevito, me tomaron de punto. ¿Vos querés saber qué opino del procedimiento en general?

—Sí.

—Bien. Los de la brigada de antiexplosivos estuvieron al pedo todo el tiempo. Cuando el falso terrorista entregó el holter, se escuchó un lamento generalizado. Los bomberos, por lo menos, nos ayudaron a refrescarnos. Eso sí, a los megaterios no sé para qué los llevaron, para ensuciarse, cagarse de calor y saludar desde la autobomba cuando hicieron sonar la sirena al despedirse. Un mamarracho. El ministro de Seguridad dio vueltas, habló con los jefes y con las magistradas y se mandó a mudar. La directora del jardín tuvo una parte buena y una parte mala, porque inició todo con la llamada al 911, pero después cumplió a la perfección con todas sus obligaciones. De hecho, fue la última en retirarse y apagar la luz. La india se fue con la asesora de menores en su auto y con la nieta de Introini. Tengo entendido que ahora viven juntos. Mezcla rara, ¿no? Un exterrorista viejo y cansado con una potra que relincha fuerte, de noche, pero también de día, según me contaron.

—¿Quién le contó?

—Una mujer que vive en el mismo edificio. Dice que se escuchan gemidos todas las noches y todas las mañanas, pero a mí me parece que exagera. Te imaginás que la niña no podría dormir, se levantaría a molestarlos a cada rato y les contaría a la jueza y a la asesora que su abuelo hace cosas que no debe hacer.

—¿Cómo va la niña con su enfermedad?

—No sé. Debería preguntarle al forense, al abuelo o a la india.

—¿Sabe qué médico la atiende?

—No sé. Decime una cosa, ¿por qué mierda no me tuteás si tenemos la misma edad?

—Nunca tuve amigos policías, no sé cómo tratarlos.

FINAL

Últimos días de mayo 2025

Quienes van a participar en la ceremonia comienzan a reunirse en la plaza del barrio alrededor de las diez de la mañana, muy cerca del bodegón-boliche donde un pequeño grupo de padres confecciona la lista de los asistentes, invitados y autoridades que no han confirmado su presencia. Llegan en sus vehículos todoterreno, envueltos en el humo de sus carburadores cuya antigüedad ronda unos cuarenta o cincuenta años. Las bicicletas y motos son más modernas, a lo sumo de veinte años, algunas con carritos para llevar herramientas de trabajo, las verduras orgánicas de sus quintas que ofrecen en las ferias y, ocasionalmente, para alguna mudanza de gente que se va para la ciudad.

El papá de Norita ofreció su carro de dos ruedas tirado por su fiel jamelgo Poncho para transportar las urnas con las cenizas de su hija, las de Valentina y las de Adolfito hasta el algarrobo moribundo. En el cortejo, están Agustín, Susanita, Marco, Ernesto, Salvador y Hebe, con sus madres, padres, abuelos y hermanitos sanos. Solo faltó Benjamín, afectado por una grave infección derivada de su síndrome de Dravet. Ninguno lleva su huevito de la responsabilidad.

La ceremonia se había previsto para las doce de un día domingo. El cielo estaba cargado de nubes y se iba a desarrollar con temperaturas normales para el fin del otoño, apropiadas para acompañar una caminata de diez cuadras desde el barrio hasta donde había estado el jardincito. Entre las docentes, estaban

Macarena con su hermoso bebé Octavio y el padre del niño, Silvia, Noemí, Yamila, Cecilia Gastaldi, Guaci y Adelmo. También, estaba la mamá de Valentina, Claudia Perano, muy deprimida, que aguardaba la llegada del cortejo junto al algarrobo, custodiada por dos mujeres del Servicio Penitenciario. A su lado, se ubicaba el cura párroco de la capilla del barrio, quien diría su responso y dirigiría la ceremonia de los rezos.

También, estaban el doctor Martín Saad, la jueza de menores, Maite Pedrozo, junto con su asesora, la exfiscal Amanda del Valle, recientemente ascendida a jueza de control y, en representación del señor intendente, el ministro de Obras Públicas, quien anunciaría la pronta inauguración del nuevo jardín de infantes del otro lado de la avenida de Circunvalación. El ministro de Seguridad, Abelardo Iniesta, se había excusado de asistir con una breve nota y una corona de flores en nombre del gobierno municipal. Había otros que integraron el Comité de Crisis que ni siquiera respondieron la invitación. Del otro lado del alambrado, montado en una poderosa camioneta Hummer amarilla, observaba la llegada del cortejo el propietario del campo, a quien se le asignaba la responsabilidad de haber arrasado el rancho y todo lo que había dentro con una topadora.

En el camino se fueron sumando otros vecinos del barrio y algunos policías a caballo para prevenir cualquier tipo de disturbios. También, me sumé yo con mi equipo de cámaras y micrófonos y algunos movileros de otros medios, provinciales, nacionales, comunicadores de redes sociales y cooperativas barriales. Y sorprendieron, aunque no demasiado, las presencias del excomisario

Edilberto Ventura, vestido de civil con un ambo negro y corbata al tono, solo, varios pasos detrás del cortejo y del agente Ramiro Sánchez, también de civil, pero con pantalón y campera de jean, como si temieran ser rechazados, insultados o agredidos. Si antes el cabello del comisario había sido oscuro, ahora era casi totalmente gris y estaba un poco más delgado. No se lo vio fumar en todo el trayecto.

Después del responso y los rezos, ceremonia bastante breve, se depositaron las urnas blancas con las cenizas de los tres niños, una al lado de la otra, en un pozo no demasiado profundo que fue cubierto con tierra y una loza de cemento al pie del algarrobo. Encima de la loza, se depositó la corona y se arrojaron flores. "Dientes de leche" ya no se vería desde el cielo como una anomalía gris de la naturaleza de un intenso color verde ni desde la calle polvorienta que había comenzado a ser pavimentada. Muy pronto, aparecería en catastro y, en los mapas de la ciudad, como una plaza con juegos para niños alrededor del algarrobo que había comenzado a dar hojas nuevas, sobre la rama en la que habían colgado un fragmento de andamio con un grafiti que decía "No dejaremos que te mueras". A unas pocas cuadras, en dirección al norte, se veían los primeros indicios de una nueva urbanización con grandes lotes, canchas de golf y de tenis y seguramente guarderías y colegios para los niños sanos de las familias que vinieran a habitarlos. En el camino de regreso, el cortejo se fue disolviendo. Unos pocos que vivían en el barrio se reunieron a beber y a comer en el bodegón-pulpería, pero los que habían venido desde otros lugares se marcharon en sus vehículos, después de saludar y despedirse, cuando el párroco dijo sus últimas palabras.

AGRADECIMIENTOS

A Mercedes, por su paciente, permanente compañía durante los años que me llevó escribir esta novela. A mis nietas, nietos, hijas, hijo, amigos, amigas, por el tiempo que les robé para sentarme a escribir. A mi amiga Silvia Barei, quien hizo una lectura crítica de la primera versión que luego fue desechada. A mis amigos Lucio Yudicello, quien descubrió algunos errores en los últimos días de la penúltima versión, y a Juan Sasturain, por las palabras que aportaron a la contratapa. A Moisés Dib, director del Cuerpo de Forenses del Poder Judicial de la provincia de Córdoba, quien me ayudó a definir cada síntoma de las enfermedades que se mencionan en la novela. A Marco Antonio Gómez, comisario retirado, quien me orientó en las cuestiones formales de un procedimiento policial donde hay niños rodeados por centenares de uniformados y padres ansiosos. A Paz Solís Durigo, quien me orientó en la traducción de la canción infantil en guaraní que cantan los niños. A Soledad Perón, por la edición final. A Tamara Sternberg y Pablo Kaplun, de la editorial El Emporio, por publicarla. Y a Lucía Fayolle, de quien recuperé una sabia descripción en su artículo "Tapera del desierto. Nuestras taperas: lazos, vidas e insistencias" publicado en la revista Memoria Académica de la UNLP en su número 4 de 2023.

emporio
ediciones



La sombra de la duda

Barujel, Ivana
9789877894127
194

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Durante años creyó una verdad incuestionable: su padre los había abandonado y el hombre que ocupó su lugar —un policía respetado — había salvado a su familia.

Pero al dejar el pueblo para estudiar periodismo, los recuerdos empiezan a revelar otra historia: cartas ocultas, denuncias desaparecidas, una causa policial enterrada.

Lo que parecía abandono comienza a mostrar señales de una huida forzada.

Lo que parecía protección empieza a revelar miedo, manipulación y silencio.

Decidido a reconstruir el pasado que le arrebataron, descubrirá que no solo su familia vivió dentro de una mentira, sino todo un pueblo. Porque a veces descubrir la verdad no cambia el pasado, pero puede liberar el futuro.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Corré tus límites

Giesenow, Pablo
9789877893625
162

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una ruta solitaria. Un joven abogado cordobés al volante. Una lluvia intensa que cae sin aviso. Y **un instante que cambia para siempre el rumbo de su vida.**
El 22 de enero de 2015, **Pablo Giesenow sufrió un accidente**

que le arrebató ambas piernas. **Pero, lejos de rendirse, decidió desafiar el destino y volver a empezar desde cero.**
Desde una cama de hospital, se propuso una meta que parecía imposible: volver a vivir plenamente. Lo logró paso a paso —con prótesis, con coraje, con lágrimas y con fe—. Volvió al deporte, corrió maratones, jugó al fútbol, se subió a una bicicleta, aprendió a esquiar y alcanzó la cumbre del Aconcagua.
Cada conquista le enseñó una verdad luminosa: los límites más duros no están en el cuerpo, sino en la mente.
Corré tus límites es mucho más que una historia de superación. Es una declaración de vida.
Una invitación a mirar el miedo de frente, a convertir la adversidad en impulso y a descubrir que todos podemos ser soñadores imparables.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La muerte del cisne negro

Mazzaferro, Alina
9789877893304
408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tres mujeres, tres historias de vida situadas en el marco de la Rusia zarista, tres caminos que se cruzarán durante el crimen del siglo.

El 17 de diciembre de 1916 a la medianoche, Grigori Rasputín, el

monje siberiano convertido en el principal consejero del zar Nicolás II, iba a ser asesinado. Entre los conspiradores se encontraban dos señoritas. Una de ellas era Vera Karalli, una estrella de la danza y del cinematógrafo, la figura más célebre del espectáculo ruso. La segunda, Marianne von Pistohlkors, una aristócrata rebelde decidida a romper todas las reglas de su clase. Una tercera dama había servido de carnada: era Irina Yusúpova, la aristócrata más bella y adinerada de toda Rusia. **Qué implicación tuvieron estas mujeres en el crimen ha sido, desde siempre, un misterio.**
De la mano de Vera, el lector se zambullirá en los teatros imperiales, verá bailar a Anna Pávlova, presenciará los ensayos de los exóticos ballets russes de Diaghilev y el ascenso del magnífico Nijinsky, y conocerá la trastienda de una prima ballerina, llena de sacrificios y sinsabores. Con Irina, se inmiscuirá en las intimidades de la familia Románov, en los secretos de quienes ostentan la más alta alcurnia. Con Marianne, descubrirá el submundo bohemio y libertino de San Petersburgo, el Teatro de Arte del gran maestro Stanislavsky, además de las quimeras y el misticismo del círculo más allegado a Rasputín. En medio de estas tres damas, dos hombres sembrarán la semilla del deseo, los celos y la discordia.
Basada en hechos reales, esta ficción literaria despliega relatos íntimos atravesados por temas sociales candentes de ayer y de siempre: el matrimonio, la elección sexual, el lugar de la mujer, incluso el abuso y el aborto, o la tensión existente entre el deseo y las expectativas sociales.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Antes de que seas olvido

Alfaro, Rosario
9789877893526
410

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

"Marcos Arrotea, abogado de una empresa petrolera, vive inmerso en su trabajo repleto de problemáticas en las exploraciones, contratos conflictivos y continuos viajes de negocios, sin dar lugar a ningún vínculo personal pleno. Esa vida cómoda y planificada

comienza a salirse de control cuando cruza caminos con Lucía Davel, una geóloga de mente sagaz que es contratada para trabajar en un proyecto de la compañía. Esta mujer, enigmática y temeraria, abre en ese encuentro un mundo nuevo y desconocido para los dos.

La atracción, el deseo y el amor se interponen en los planes que cada uno tenía delineados para sí mismo. Así es que, **atrapados en un conflicto laboral repleto de intriga y suspenso, de a poco irán descubriendo la presencia de personas oscuras mientras el amor entre ellos se abre paso a cada minuto**.

¿Qué hacer cuando la presencia del otro se vuelve una necesidad incontrolable? **¿El amor puede vencer los temores profundos que anidan en el alma?**

Una novela de amor, deseo, pasión y encrucijadas desafiantes."

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Recetas para el buen vivir

Schwander, Cris
9789877892123
200

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Recetas del buen vivir. Liderazgo para la vida cotidiana llega a tus manos en forma de cuaderno de recetas para que comiences a ser el protagonista de tu propia historia, para que camines hacia la elección de un estilo de vida en constante búsqueda de la armonía y

la paz interior.

Cris Schwander, por su gran trayectoria en Inteligencia Emocional y experiencia como Coach Advance, te acerca **una propuesta para un buen vivir en la vida diaria adquiriendo hábitos saludables para tu propio crecimiento en lo personal y profesional**.

Además, en cada comienzo de capítulo encontrarás un enlace que te llevará a escuchar la música y la voz armoniosa de Maryta, una coplera del norte de Jujuy y que te transportará a ese lugar de paz interior que tanto anhelamos.

Un acercamiento a tradiciones ancestrales de los pueblos originarios en el que el Sumak Kausay (elemento integrante de la Pachamama) aborda costumbres que te ayudarán a nutrirte con ejercicios de meditación, pausas y respiración para lograr el equilibrio propio como un ser más en este valioso lugar que habitamos.

Este libro te llevará a sentir la conexión con todo lo que te rodea desde lo que parece más lejano, el cosmos, hasta la naturaleza y la sociedad de la que somos integrantes.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Índice de contenido

Dientes de leche
Legales
Preliminares
Un terrorista en el jardín de infantes
Concausas, puntos de contacto
Palabras cruzadas
Final
Agradecimientos